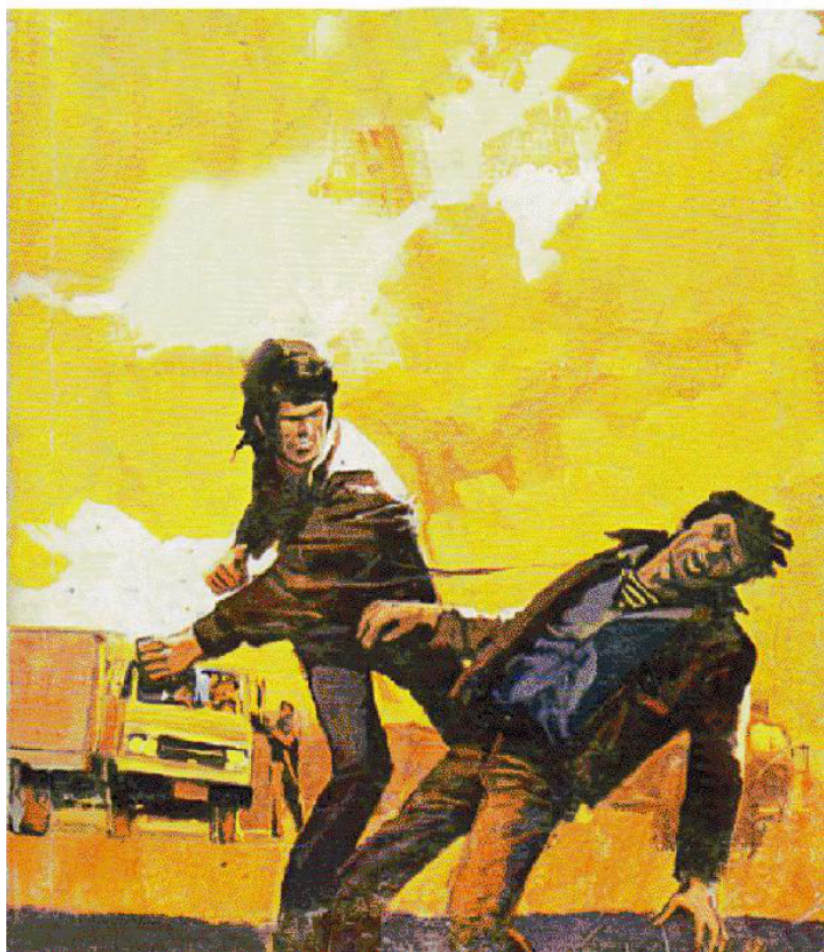




Rita y el vagabundo errante

ray lester



COLECCION

PUNTO ROJO



RAY LESTER

**RITA Y EL
VAGABUNDO ERRANTE**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 720
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 51.423 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1976

© Ray Lester, 1976

texto

© Desilo, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección KANSAS:

777. — Los cadáveres no disparan.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034. — Valle Irlanda.

En Colección COLORADO:

878. — Hembras maliciosas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

163. — Gata implacable.

En Colección SALVAJE TEXAS:

907. — Los diablos de Coyame.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

198. — Los cachorros de Croker.

En Colección PUNTO ROJO:

716. — ¿Qué fue de mis muñecas?

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.320. — Jungla de millonarios.

CAPÍTULO PRIMERO

Las luces de Tehama comenzaron a parpadear a lo lejos. La oscuridad iba adueñándose de los contornos y Luc Owens se dispuso a pasar una noche más, metido en su acolchado saco de dormir. En aquella estación del año las noches resultaban calurosas y podía seguir durmiendo a la intemperie, sin complicaciones.

Prefirió quedarse a unas millas del pueblo.

Siempre que le era posible procuraba eludir el contacto directo con el elemento humano de las poblaciones. No tenía nada en particular contra sus congéneres, pero deseaba gandulear a sus anchas por donde le diese la gana.

La cena había sido frugal y entre aquellas ruinas, cerca de la carretera general, Luc Owens podría conciliar el sueño perfectamente. El ruido de los largos y pesados camiones no alteraría su sueño, porque eran más ruidosos los tanques moviéndose en Vietnam.

Se hallaba habituado a los ruidos.

Pero el ronroneo del motor que acababa de detenerse en el borde de la cinta asfaltada, no correspondía a un camión. Luc Owens se incorporó a medias apoyando un codo en el suelo, a tiempo de ver descender del coche patrulla a los dos policías.

Se aproximaron despacio a dónde él se encontraba y uno de ellos indagó parsimonioso:

—¿Qué se supone que hace aquí, ciudadano?

Luc Owens torció los labios en ácida sonrisa sin levantarse del suelo.

—Estoy preparando la «barbacoa» para la fiesta que celebraremos, agente. Las chicas están al caer.

El policía que formuló la pregunta, de grueso corpachón y faz redonda, miró a su compañero.

—Vaya, hombre —se quejó—. Aquí tenemos a un ciudadano

respondón.

Owens desvió la mirada al enjuto compañero del otro, cuando dijo con sequedad:

—En primer lugar póngase en pie, ciudadano. Luego muéstrenos sus documentos sin hacer ningún movimiento sospechoso que pueda justificar el tener que romperle un brazo.

Incorporándose indolente, tendió Luc Owens una cartulina al de la cara redonda y éste proyectó el haz de su linterna sobre ella. Asintió devolviendo el papel.

—Sus papeles están en regla, ciudadano —dijo escueto—. Pero está prohibido el vagabundeo en este condado.

—Y la libertad que proclama la Constitución, ¿qué? ¿Acaso es moco de pavo?

El policía enjuto encogió los hombros.

—A nosotros no nos cuente su vida, amigo. El *sheriff* del condado no quiere a vagabundos en sus dominios.

—Dentro de una hora volveremos a pasar por aquí —agregó el de la cara redonda—. Si todavía se encuentra rondando lo invitaremos a que nos acompañe.

Luc Owens asintió despacio:

—Está bien. Como siempre, ustedes tienen razón.

—Una hora —recordó el enjuto—. Recuérdelo y procure que no se le pare el reloj.

—Muy amables.

El coche policial arrancó alejándose y Luc Owens contempló las luces rojas de la parte posterior. Encogió los hombros y comenzó a recoger los utensilios metiéndolos en la mochila.

El aire procedente del Pacífico hacía agradable el caminar por la carretera y silbando en tono bajo una cancioncilla de moda, llegó Owens a las primeras casas del pueblo. Un letrero de verde neón anunciaba bebidas y bocadillos.

Penetró en el local acercándose a la barra.

La chica que atendía el bar lo detalló con la mirada mientras se acercaba. Vio a un hombre de unos treinta años, bastante alto, de cuerpo fibroso y rostro curtido. Su mandíbula cuadrada denotaba energía y la mirada de sus ojos castaños resultaba penetrante.

—¿Qué tomará?

—Café.

La muchacha observó la mochila que apoyaba Luc junto al mostrador y preguntó curiosa:

—¿Es usted uno de esos peregrinos solitarios que caminan por las carreteras?

Owens la miró fijo a los ojos.

—¿Debo responder para que me sirva el café, rica?

La chica encogió los hombros haciendo un mohín indiferente y un par de minutos después puso ante el joven una taza de humeante brebaje. El local era uno de tantos situados a pie de carretera. Estaba escasamente concurrido en aquellos instantes. Sólo tres hombres jugando a los dados en una mesa, y otro dando fin a un bocadillo regado con cerveza en el extremo de la barra.

Luc se aproximó a este último.

—Perdone, amigo..., ¿es usted el conductor del camión que hay fuera?

El hombre acabó con la cerveza de un largo trago y después de detallarlo brevemente, dijo:

—Sí.

—¿Va en dirección Sur?

El conductor asintió lentamente. Vestía una camisa a cuadros y las mangas subidas hasta el codo dejaban ver sus recios antebrazos. No era muy alto, pero sí de recia complexión.

—Me dirijo a San Diego.

—Es una buena tirada. ¿Le importaría llevar compañía?

Hubo recelo en los ojos del camionero al observar más detenidamente el aspecto del joven. Sus vestimentas habían conocido tiempos mejores y el rostro sin afeitar le confería un aire poco tranquilizador. Rió abiertamente Owens.

—Soy un tipo de fiar a pesar de las apariencias, amigo. Sólo pretendo que me lleve a Sacramento o Stockton.

—¿Quién le envía?

Luc Owens arqueó las cejas asombrado. Pudo advertir que los ojos del camionero reflejaban un miedo incomprensible para él y acabó chasqueando la lengua.

—Escuche, amigo —dijo calmoso—. Ignoro lo que se le ha metido en la cabeza, pero me tomó el número cambiado. Nadie me envía por la sencilla razón de que nadie me ordena nada desde hace tiempo. Soy vagabundo por vocación y no por obligación, ¿me

comprende? Lo único que le pido es que me lleve a Sacramento si no tiene inconveniente. Si lo tiene..., adiós, muy buenas y si te he visto no me acuerdo.

Indudablemente, el hombre estaba asustado por alguna misteriosa razón. Titubeó unos segundos, pero algo en los ojos del joven lo hizo decidirse. Dejó unas monedas sobre el mostrador y tendió la mano.

—Mi nombre es Al Robson.

El joven se la estrechó.

—Luc Owens.

Cinco minutos más tarde subía Luc Owens a la carlinga del potente «Chevrolet». En el costado de la caja pudo ver en grandes letras rojas un letrero: «Portland Sheyner & Co.».

Sobre el bolsillo de la camisa llevaba Robson el anagrama de la compañía dedicada al transporte por carreteras.

Cuando el camión rodaba ya en dirección a Sacramento, se giró en el asiento Al Robson.

—Perdone lo de antes, Owens. En estos tiempos que corren no puede uno fiarse de nadie.

—Está olvidado, Robson. Lo que me intrigó es que preguntara quién me enviaba.

—Déjelo, Owens. Tengo los nervios alterados.

El joven no insistió. Después de unos minutos, comentó:

—Tiene buen sonido el motor de este camión.

—Sí, no puedo quejarme. Hago dos veces por semana el trayecto de Portland a San Diego y responde siempre como una seda. ¿Entiende usted de motores?

—Un poco —replicó vagamente Owens—. En Vietnam conduje uno durante tres meses.

—¿Ha luchado en Vietnam?

—Sí. Pero es una etapa de mi vida de la que prefiero no hablar, Robson. Disculpe.

Al Robson guardó silencio. No obstante observó el duro perfil de su acompañante, cuya mirada se mantenía fija en la oscuridad que iban taladrando los faros del camión. Daba la impresión de hallarse inmerso en desagradables recuerdos.

La desconfianza de Al Robson desapareció.

—Nos detendremos en Davis a tomar café —anunció—. Cuando se conduce de noche es conveniente tomar café. A mi consigue desvelarme y... ¡Bestia!

Apoyó Luc Owens las manos sobre el salpicadero impulsado bruscamente hacia adelante por el súbito frenazo de Robson. Vio las luces posteriores de un descapotable a unos metros del morro del camión. Se alejaban paulatinamente.

—Vaya una forma de adelantar que tiene ese cretino —resolló Al Robson logrando hacerse con el dominio del camión.

—Un día u otro se la pegan.

—Es la segunda vez que me cierra así el maldito descapotable verde —masculló Robson—. ¿Pudo fijarse en los dos individuos que lo ocupaban, Owens?

—Bastante hacía procurando no salir por el parabrisas, Robson. No pude ver nada.

Las luces rojas del descapotable se perdieron en la oscuridad de la noche. El «Chevrolet» reanudó su marcha normal y poco después confesó el conductor Robson:

—Me alegro de que se encuentre a mi lado, Owens.

Luc frunció el ceño.

—¿Está metido en algo sucio?

—No... —se apresuró a negar Al Robson de forma poco convincente—. Pero tengo un vago presentimiento y si ocurre algo es mejor que se encuentre junto a mí un excombatiente.

Luc Owens torció el gesto.

—Oiga, Robson. Aquello quedó atrás y ahora soy un hombre amante de la tranquilidad. No es que tenga reparos, pero si está metido en algo sucio será mejor que detenga el camión y saltaré. Dormiré sin sobresaltos en cualquier sitio.

—Me ha preguntado si estoy metido en algún fregado, ¿no?

—Sí. Fue porque a veces pone usted ojos de carnero atemorizado por el olor a lobo.

—Los que van en ese descapotable son dos lobos.

—Dos lobos que no me atacaron a mí, ya que tampoco les tiré ninguna piedra, Robson.

El conductor sacudió la cabeza.

—No los he provocado si es a lo que se refiere, Owens. Allí en el bar lo tomé al principio por uno de ellos.

—Ojos que no ven, corazón que no sufre —filosofó Luc—. No se ofenda, Robson, pero es mejor que no me cuente sus penas. Cada quisque tiene que apechugar con su problema. Yo hago esta vida precisamente para estar desligado a ellos. Aquí me acuesto y aquí me levanto, ¿comprende? Si tiene problemas acuda a la policía que es lo lógico.

Al Robson tardó unos segundos en contestar.

—Pienso hacerlo al final de este viaje. Tengo mujer y dos hijos.

—Eso está bien —aprobó el joven—. Los policías cobran para resolver las incógnitas que les presentan los contribuyentes. Y algunos para evitar que uno duerma donde le dé la gana.

Las manos de Al Robson se hallaban crispadas sobre el volante y trató de calmarlo Owens:

—Relájese, hombre. Al fin y al cabo sólo son dos, igual que nosotros. Si se presenta la ocasión le echaré una mano. Hace tiempo que no le parto la jeta a nadie.

—Gracias, Owens.

El reloj del «Chevrolet» incrustado en el salpicadero marcaba las dos y cinco de la madrugada, cuando Al Robson conectó el intermitente y maniobró para estacionar el pesado camión delante del bar con servicio permanente.

Saltó a tierra Luc y leyó el letrero luminoso: Silver Dollar.

Al Robson se reunió con él.

—Esto es Davis, Owens —informó echando a andar—. Nos vendrá bien un café.

—Aunque no soy buen bebedor de café, lo tomaré por hacerle compañía, Robson.

—Correcto. Y de paso conocerá a la mujer más hermosa de toda California, se lo aseguro.

En la explanada, ante el bar, se hallaban detenidos dos camiones más. Observó Owens que mantenían encendidas las luces de posición. El pueblo de Davis se encontraba a unas tres millas de distancia y los alrededores de la edificación de una sola planta, no eran visibles en la negrura reinante.

Penetró Luc Owens en el bar siguiendo a Robson.

Parecido en todo al de Tehama.

Excepto en la chica que se hallaba tras la barra. Ésta tendría unos veintitrés años y sus facciones resultaban bellísimas. Esbelta

de cuerpo escultural y senos firmes. Nariz ligeramente respingona y labios gordezuelos, sensitivos.

Conversaba con dos rudos conductores acodados en la barra. Ambos se giraron al entrar ellos.

—Hola, Robson —saludó el más alto ondeando la diestra velluda—. Veo que esta vez no viajas solo.

—¿Qué hay, Flanagan? —respondió Robson—. Buenas noches, Rita. Éste es Luc Owens.

—Hola, Al —sonrió la muchacha. Luego agregó mirando con simpatía a Owens—: ¿Qué tomará, señor Owens?

Agradeció Luc la gentileza del «señor» a pesar de sus usadas prendas. Le gustó al joven aquella muchacha de fácil sonrisa y dispuestos ademanes armónicos.

—Tomaremos café, Rita —dijo Robson—. ¿Sin novedad en la ruta, Flanagan?

—Un turismo de esos que se creen los amos de la carretera se ha estrellado a la salida de Davis.

Al Robson inquirió con cierta ansiedad:

—¿Un descapotable color verde?

—No..., ¿por qué tenía que ser un descapotable verde? ¿Te hizo alguna judiada?

—Me adelantó en dos ocasiones y el maldito se cierra sobre el motor del camión de forma temeraria. La segunda vez estuve a punto de sacarlo fuera del asfalto.

El otro camionero, silencioso hasta entonces, sentencio:

—Más de uno se tendría que abrir la cabeza para que aprendieran a circular.

—Qué malas ideas tienes, Vermont —recriminó la chica.

—Es la pura verdad, Rita —habló con énfasis el camionero—. Si vieras a los pilotos de bólidos que pululan por las carreteras, no te extrañarías del alto índice de accidentes.

Durante unos quince minutos charlaron animadamente. Robson y los otros dos camioneros llevaron el peso de la conversación. Luc Owens escrutó, a veces embelesado, a la hermosa Rita y ésta le dedicó alguna sonrisa.

Al Robson depositó finalmente la taza vacía sobre el mostrador.

—Lo siento, muchachos. Voy algo retrasado y no puedo perder más tiempo. ¿Vamos, Owens?

El joven movió la cabeza.

—Lo alcanzo en seguida, Robson. Voy un momento al lavabo.

Al Robson abandonó el local y Luc Owens se encaminó a la puerta que le indicó Rita. Cuando hubo desaparecido en el interior de los servicios, comentó Flanagan:

—No me gusta este fulano. No comprendo cómo Robson lo admitió en su camión.

—Su mirada es franca —respondió Rita—. No parece un maleante.

Flanagan fue a responder, pero en aquel instante reapareció Luc Owens y optó por guardar silencio. El joven ondeó la mano en gesto amistoso al pasar frente a ellos y cruzó el umbral de salida. Iba pensando en que no volvería a ver el bonito rostro de la muchacha llamada Rita y hubiera deseado conocerla a fondo.

El fresco aire de la noche resultó agradable azotándole el rostro.

Se aproximó al camión de la Portland Sheyner y Co.

Y de súbito se detuvo bizqueando perplejo.

Al Robson se encontraba tirado de bruces junto a la rueda delantera derecha, como si estuviera comprobando algo extraño. Lo que no cuadraba en la escena y resultaba realmente extraño, era el mango del cuchillo sobresaliendo de sus omóplatos.

El estupor mantuvo estatuario largos instantes a Luc Owens.

Luego quiso gritar llamando la atención de los del bar, pero algo duro chocó violentamente contra su cráneo y vio miles de lucecitas que giraban a su alrededor.

Sintió un amargo sabor a tierra antes de invadirlo por completo las tinieblas.

CAPÍTULO II

—Vamos, Owens, despierte de una vez.

Luc Owens iba recobrando el conocimiento con exasperante lentitud. Se masajeaba la nuca con ambas manos y al tocar el huevo de paloma surgido entre su cuero cabelludo imprecó un gemido de dolor.

Abrió los ojos viendo a los dos hombres que acompañaban a Rita y los dos camioneros amigos de Robson. Tuvo que parpadear varias veces antes de lograr enfocarlos con precisión.

Se hallaba sentado en una silla del bar de Rita, sujeto del brazo por un individuo rechoncho de cabellos pelirrojos y mirada adusta. El que estaba plantado ante él no tendría más de treinta y cinco años. Vestía correctamente y sus ojos claros escrutaban fijos a Owens.

El tipo que lo sujetaba del brazo comenzó a zarandearlo.

—¿Despierta de una vez, o qué, Owens? El golpe no parece haber sido demasiado importante.

Luc le miró ceñudo.

—Pero duele, ¿no?

—Me parece que está haciendo comedia, Owens.

—¿Qué quiere? ¿Sentarme en una silla de ruedas por un leñazo en la cabeza, amigo?

El sujeto vestido correctamente habló por vez primera:

—Soy el teniente Hugh Kelly de la Brigada Criminal de Sacramento, Owens. El que le coge el brazo es el sargento Mark Grady. Perdona sus modales. ¿Cómo va la cabeza?

—Como si tuviera dentro dos mil grillos.

—Acompáñelo al lavabo y que ponga la nuca bajo el grifo, sargento Grady. Le hará falta despejarse.

De no sujetarlo con fuerza el pelirrojo Grady. Luc Owens hubiera dado con el cuerpo en el suelo del establecimiento. Después

de mantener la cabeza sumergida en el agua, a intervalos, su mente comenzó a funcionar con normalidad y recordó lo ocurrido hasta el momento de recibir el golpe en la nuca.

Sentado nuevamente ante el teniente, aguardó tranquilo.

—Al Robson ha muerto a resultas de una puñalada en la espalda, Owens —informó Hugh Kelly innecesariamente—. Espero que me dé su versión exacta de lo ocurrido.

—Sé tanto como éstos —replicó Luc indicando a Rita y los dos camioneros, que se encontraban al margen junto a la barra—. Cuando salí fuera ya tenía el cuchillo clavado en la espalda.

—Será menos complicado si dice la verdad, Owens. Y puede resultar beneficiado.

Luc Owens frunció el ceño repentinamente hosco.

—¿Cuál verdad?

Terció el sargento Grady inquiriendo:

—¿Por qué lo mató?

Luc Owens reflejó una profunda sorpresa en sus facciones, pero sólo un instante. A continuación rió sarcástico.

—Van aviados los contribuyentes con una policía así, ¡caray!

Los ojos claros de Kelly chispearon.

—No se haga el gracioso, Owens.

—¿Cuándo lo maté, teniente? —preguntó socarrón el joven—. ¿Antes o después de recibir el trompazo?

—Pudieron luchar y golpearlo Robson después de clavarle usted el cuchillo, Owens —sugirió calmoso Kelly—. Puede ser una buena hipótesis para el fiscal.

Luc terció el gesto mascullando áspero:

—No sea tan sagaz, teniente. Después de acuchillarlo me volví de espaldas y le dije: «Anda, Al, ahora te toca a ti zumbarme». ¿No le parece idiota, hombre?

El sargento Grady subió la zurda en revés sin llegar a descargarla a causa de la mirada que le dirigió Kelly. Luc observó su movimiento e invitó mordaz:

—Ande, Grady, baje la mano y le convierto el brazo en una pinza de depilación.

Hugh Kelly intervino apaciguador:

—Vamos, vamos, tenga paciencia, sargento Grady. Y en cuanto a usted, Owens, no es el momento de hacerse el machote, ¿estamos?

Ahora deseo que conteste a unas preguntas.

Luc asintió dando una cabezada.

—Adelante, teniente.

—¿Desde cuándo conocía a Robson?

—Hicimos juntos el trayecto desde Tehama hasta aquí.

—Cuéntenos todo lo que sepa, Owens —pidió sereno Kelly—. Y procure que resulte un relato coherente.

El joven contó toda su relación con Al Robson desde el momento en que se acercó a él en el bar de Tehama. No omitió ningún detalle. El teniente se interesó al comentar lo del descapotable verde y sobre todo al decir que Robson se mostraba inquieto, temeroso. Al terminar Luc, indagó:

—¿Pudo fijarse en el modelo del descapotable?

—No.

—Es una pena.

—Ya. Pero entonces andaba yo ocupado en no pegarle un trompazo al parabrisas.

Se pasó el joven la mano por el costado derecho, donde sentía un dolor lacerante. Como si hubiera recibido una patada.

—Seguro que aquí tengo alguna señal —dijo intentando subirse la camisa—. No había necesidad de golpear me con saña el costado. Si yo hubiese apuñalado a Robson, él no pudo pegarme la patada.

Hugh Kelly lo contuvo evitando que subiera su camisa.

—El camionero Flanagan tropezó con usted al salir en la oscuridad —explicó—. Es lógico el hematoma.

Owens se abstuvo de decir que no era nada lógico, ya que la explanada se hallaba iluminada. Se limitó a mirar con rencor a Flanagan, porque el dolor del costado no era consecuencia de un tropezón.

Flanagan le sonrió desafiante.

—No quisiera cometer un error, Owens —siguió diciendo Kelly—. Pero tanto la señorita Rita Lawce, como los conductores Flanagan y Vermont, poseen coartadas indestructibles. De los cuatro es usted el único que pudo apuñalarlo.

—Pero no lo hice.

—Flanagan ha dicho que Robson lo miraba a usted con cierto temor.

Luc Owens respingó sobresaltado.

—¿Eso dijo?

—En efecto.

—Pues yo digo que Flanagan es un cabestro, teniente.

El enérgico ademán del teniente Kelly cortó la incipiente reacción agresiva de Phil Flanagan. El gesto del sargento Grady con las manos extendidas ante él, era elocuente.

—La señorita Lawce desmintió a Flanagan —informó Kelly—. Para ella, Robson se mostró completamente normal.

El joven cabeceó sonriendo.

—Por lo cual le doy mis más expresivas gracias.

El teniente Kelly se masajeó el mentón.

—Tendrá que acompañarnos a Sacramento, Owens.

—¿Acusado de qué?

—No viene en calidad de detenido —aclaró Hugh Kelly—. Sólo lo retengo hasta que se aclare su participación en el caso.

—Dígame una cosa, Kelly. ¿Influye en su decisión mi deplorable aspecto externo?

—En absoluto, Owens. Puede creerme.

Luc encogió los hombros.

—Aunque me tiene sin cuidado la opinión de los demás respecto a mí, aclaro que no siempre he sido vagabundo.

—Lo que usted sea o deje de ser no alteran los hechos. Son los que a la hora de la verdad cuentan para un policía, Owens —replicó grave el teniente Kelly. Luego se giró al sargento—. ¿Tomó la filiación a los presentes, Grady?

—Sí, teniente.

Kelly se encaminó a Rita, Flanagan y Vermont, mirándolos de frente.

—Pueden ustedes seguir en sus ocupaciones habituales. En caso de necesitarlos procuraremos establecer contacto.

Los tres asintieron en silencio y la chica dirigió una apenada mirada a Luc cuando lo vio salir en compañía de los dos policías. El joven prefirió no advertirla.

Por segunda vez aquella noche, experimentó contra su rostro el airecillo fresco del Pacífico. El camión de la Portland y Sheyner continuaba en el mismo lugar. No vio el cuerpo de Al Robson y supuso que una ambulancia se lo habría llevado.

Bajo la atenta vigilancia del sargento Grady, subió Luc a la

carlinga y recogió su mochila.

Poco después, el propio Grady ocupó el asiento tras el volante del coche policial y lo puso en movimiento. Luc Owens quedó acomodado junto al teniente Kelly en el asiento posterior.

El recorrido hasta Sacramento resultó corto para el vagabundo.

El resto de la noche lo pasó Luc Owens dormitando tranquilamente en el camastro de una celda. Su conciencia no le reprochaba nada en absoluto y su espíritu permanecía sereno.

Si acaso, lo único que alteraba en parte su sosiego, era el no haber sabido comprender a tiempo el miedo que pudo leer en los ojos de Al Robson, en las escasas horas en que lo trató.

Eran las nueve de la mañana cuando fue despertado y conducido a presencia del teniente Hugh Kelly.

A una muda indicación, tomó asiento Luc Owens frente al oficial. Mark Grady asistía a la entrevista como único testigo. Se encontraba en pie junto a una ventana.

Sin rodeos, dijo Kelly:

—Decididamente; usted no mató a Al Robson, Owens.

Luc torció el gesto en agria sonrisa.

—No me diga, teniente. Me quita un peso de encima porque ya empezaba a dudarlo.

CAPÍTULO III

—Sin embargo, tiene que concederme que anoche resultaba el sospechoso número uno, Owens —siguió Kelly.

Luc dio una cabezada afirmativa.

—Si es una forma de pedir disculpas, las acepto.

—¿Le apetece un café?

—Lo mismo me dijo Robson minutos antes de que lo mataran. Aquí es distinto y lo acepto también. Sería fantástico que tuviesen una botella de coñac por aquí para echarle un chorrito. Un vicio que me contagió un francés en Saigón.

Kelly dio una breve orden a Grady y éste abandonó el despacho regresando poco después con tres vasos de papel parafinado que depositó en la mesa. El negro brebaje con un chorro de *brandy* fue tonificante para el vagabundo.

Después del primer trago, indagó:

—¿Puedo saber el camino que ha seguido para eliminarme como sospechoso número uno, teniente?

Hugh Kelly mostró una cuartilla mecanografiada.

—Hace unos minutos me han llegado informes que le conciernen —explicó—. Los solicité con prioridad. En la policía trabajamos rápidos cuando nos interesa y esta ocasión es vital para nosotros.

Luc Owens se limitó a seguir bebiendo el café taciturno y prosiguió el teniente Kelly:

—Corríjame si me equivoco, Owens —pidió el oficial de policía exponiendo a continuación—: Lucien Owens, treinta años de edad, natural de Roanoke, Virginia, licenciado en Derecho en la Universidad de Harvard. A consecuencia de una disputa con su superior abandonó el empleo en una importante empresa neoyorquina, donde el porvenir se le presentaba risueño. ¿Voy bien, Owens?

Luc compuso una mueca.

—La única risueña era Lotti y quiso acapararla con malas artes el granuja de Peter Wilkis. Se tuvo merecido el piñazo que le solté en toda la cresta.

Kelly asintió continuando:

—Enrolado en la infantería de Marina por causas desconocidas, posiblemente por ser un inadaptado. Luchó en Vietnam dos años, habiéndose licenciado hace un año aproximadamente. Obtuvo varias menciones honoríficas por su valor probado ante el enemigo. Durante el tiempo que perteneció a los «marines» fallece su padre y como heredero universal, percibe una suma importante. Si bien no le permite llevar una vida de excesivos lujos, pueda vagabundear a su libre albedrío por todo el país, sin que se resienta su economía.

Se interrumpió el teniente Kelly, escuchando al que decía:

—Y sin tener que obedecer a jefes berracos acaparadores de secretarías vistosas.

—Posiblemente se jugó un brillante porvenir.

—Que ahora me tiene sin cuidado —encogió los hombros Owens —. Volvería a soltarle el castañazo en los hocicos a Wilkis.

—Su léxico no encaja con Harvard, Owens.

Luc rió áspero.

—Resabios de dos años jugando al «pim, pam, pum» en Vietnam, teniente Kelly.

Hugh Kelly volvió a depositar la cuartilla sobre la mesa y ofreció tabaco al joven. Aceptó Luc encendiendo en la llamita que ofrecía obsequioso el sargento Grady.

Un gesto para recelar. Componiendo una mueca, solicitó:

—Mientras antes suelte lo que me quiere decir, antes podré marcharme puesto que he dejado de ser sospechoso. Y no es que me resulte desagradable la compañía.

El sargento Grady intercambió una mirada de sorpresa con su jefe y éste sonrió.

—Su sagacidad se afirma en lo que deseo proponerle, Owens.

—Si no le importa, prefiero irme a respirar el aire puro de la mañana. Libre como un pájaro.

Sin mover ni un músculo del rostro, informó Kelly:

—Al Robson fue asesinado por contrabandistas de estupefacientes.

—¿Y usted pensó que yo formaba parte de la banda? —rió Luc.

—Lo supuse por un momento. Ahora está todo aclarado.

—Y yo puedo largarme.

—Nada pierde escuchándome diez minutos, Owens.

—Yo nada pierdo, pero usted perderá esos diez minutos —respondió Luc indolente—. Los tiempos de jugar a soldadito patriótico quedaron atrás, Kelly.

—No lo creo, Owens —dijo el teniente mirándolo a los ojos—. Aunque trate de ocultarse tras una máscara de cinismo.

—Está bien —suspiró levantando los brazos el joven—. Como de todas maneras no podré escapar, será mejor que suelte cuanto antes lo que sea, teniente.

Y se dispuso a rechazar la proposición de antemano.

Kelly no tardó en decir:

—Desde que recibimos la información respecto a usted, hemos estado hablando Grady y yo. Coincidimos en que es la persona ideal para ayudarnos en un caso en el que tenemos las manos prácticamente atadas.

Luc Owens permaneció mudo y el oficial continuó:

—Estamos seguros de que algunos miembros de la compañía de transportes Portland Sheyner efectúan contrabando de drogas en gran escala. La droga se desembarca en algún lugar de la costa entre Chula Vista y Oceanside. Nos consta que se traslada a Portland en los camiones de las compañías, para luego proceder a su distribución.

—¿Y a qué esperan para echarles el guante?

—En varias ocasiones hemos practicado registros en los camiones con resultado negativo. Nos faltan pruebas y tampoco queremos pegar palos a ciegas. Pueden escaparse los jefes de la organización.

—Y los agentes especializados en la represión de narcóticos, ¿qué?

—Son localizados en cuanto intentan introducirse entre ellos. Recientemente he tenido ocasión de vivir una experiencia en Filadelfia y estoy convencido de que lo primero que hacen esa gente, es buscarse una forma de identificar a nuestros hombres. En este caso han muerto ya dos.

Luc Owens arrugó el ceño.

—Y usted ha pensado que yo sea el tercero de la lista, ¿no? No

me como la rosca, gracias. Declino el honor.

—El contrabando de drogas es la plaga más canallesca que sufrimos en la actualidad, Owens. Miles de jóvenes norteamericanos son presa de esa chusma.

—Un momento, Kelly —pidió Owens—. Aunque no me importe, ya que no aceptaré servir de cebo... ¿Ha insinuado que tienen a un soplón entre ustedes?

Hugh Kelly movió la cabeza.

—Es posible.

—Entonces sería candidato firme a la sepultura.

—Usted no tendría más que facilitarnos las pruebas precisas para que nosotros actuemos, Owens.

Owens se mostró escéptico.

—¿Cómo? ¿Preguntando a cada miembro de la compañía si forma parte de la banda?

—No hace falta que se muestre sarcástico, Owens —recriminó suave Kelly—. No resultaría imposible entrar a trabajar en la Portland Sheyner y Co. Luego es cuestión de tener los ojos abiertos. Si en el transcurso de un mes no consigue nada positivo, consideraríamos que hizo cuanto pudo y podrá seguir su vagabundeo. Es sólo un mes de su tiempo lo que le pido, Owens.

—Suponiendo que llegara al mes sin perder la pelleja, ¿eh?

El sargento Grady intervino despectivo:

—Déjelo, teniente, este fulano consumió todo el valor que sacó del biberón en Vietnam. ¿No lo ve?

Luc le dirigió una agresiva mirada.

—¿Y usted de dónde sacó la simpatía, Grady? ¿También del biberón?

—Nadie puede sospechar de Lucien Owens —siguió el teniente sin prestarles atención—. No figura en plantilla de la policía y su pasado puede ser comprobado con suma facilidad.

—¿Y el presunto soplón?

—Por aquí sólo lo hemos visto el sargento y yo. Procuraríamos que nadie lo viese salir y los contactos los realizaría a través de otra persona. Es de absoluta confianza porque un hermano de ella se encuentra internado en un hospital para su desintoxicación.

Luc Owens emitió una suave risita.

—Lo tiene todo bien planeado, ¿eh, teniente?

—Con su ayuda sería posible acabar con ellos.

El joven sonrió con acritud. De sospechoso número uno, querían convertirlo en señuelo preferente. La vida tiene esas raras ironías que acaban por desconcertar al más templado.

Apremiaba Hugh Kelly:

—¿Acepta, Owens?

El joven encogió los hombros.

—Sinceramente; no lo sé. Las luchas acabaron para mí en Vietnam. Me impuse la obligación de vivir siempre en paz. Que no volvería a jugarme la jeta.

—Debe saber algo, Owens.

—¿Sí?

—El nombre de la persona que actuaría de enlace entre usted y nosotros.

—¿Qué puede importar eso?

Sin inmutarse, anunció Hugh Kelly:

—Se llama Rita Lawce.

Luc parpadeó asombrado.

—¿La chica del bar?

—Exacto. Es nuestra.

—¿De quién? ¿De usted y del sargento? Mire, teniente, empiezo a pensar que son ustedes unos ansiosos...

—No sea idiota, Owens. Me refiero a que trabaja con nosotros. Rita Lawce ha sido especialmente adiestrada para la lucha contra los traficantes de narcóticos.

Luc Owens se masajeó el mentón dubitativo.

No cabía duda de que el teniente Hugh Kelly sabía tratar a las personas. Y sobre todo, conocía el momento exacto de jugar su baza decisiva. Rita Lawce gozaba de las simpatías de Owens por muchas cosas. Fue de las escasas personas que no lo miró con recelos la primera vez que le echó la pupila encima.

Acabó dando una lenta cabezada de resignación.

—Chupado.

—Que traducido al lenguaje ordinario, quiere decir...

—Que está bien, que acepto hacer el canelo. Usted gana, pero yo impongo tres condiciones.

—¿Le importa exponerlas, Owens?

—Primera; no usaré pistola bajo ninguna circunstancia. Juré

sobre la tumba de un amigo que jamás volvería a usar un arma de fuego.

—Puede verse en alguna situación apurada.

—Soy más duro de pelar que una castaña verde. Sabré salir de ella sin armas.

—De acuerdo —concedió Kelly—. ¿Otra?

—Actuaré a mi manera. Quiero decir que no aceptaré órdenes concretas en ningún sentido. Me tiene que dar carta blanca para moverme en la forma que crea oportuna. Por contra, me comprometo a mantenerlo informado a través de la bella Rita.

Hugh Kelly meditó brevemente la respuesta.

—Bien.

—Y tercera; cuando empiezo algo suelo acabarlo. Sólo yo podré discernir el momento en que el caso está concluido. No deseo que nadie venga a tirarme de la correa si muerdo una tajada importante, ¿me comprende, teniente?

—Del todo, Owens. No existirán problemas por esa parte. Usted procure acompañar sus acciones de pruebas. Recuerde que no se encuentra en Vietnam.

—Desde luego, Kelly. Esta gente es peor que los norvietnamitas.

Los tres hombres permanecieron largo rato en el despacho de Kelly. Luc Owens fue puesto al corriente por el sargento Grady de todo cuanto conocían de los traficantes. La ciudad de Portland fue la elegida para poner en escena al joven, ya que en ella se hallaba la oficina central de la Portland Sheyner y Co.

Owens grabó en su memoria un número telefónico que lo pondría en rápido contacto con Kelly.

Cuando abandonó el despacho se cubría el rostro con unas descomunales gafas de sol y una barba postiza lo desfiguraba por completo.

A las cuatro de la tarde, una furgoneta dejaba atrás Sacramento en dirección Norte. Rodaba a buena marcha conducida por el sargento Grady y en su interior, Luc Owens y el teniente Kelly ultimaban detalles.

El vagabundo por vocación y amante de la paz, sustituyó por otras más presentables, sus gastadas vestimentas. Anochecía en Portland, cuando el joven salió de la furgoneta, que continuó su marcha sin apenas detenerse.

CAPÍTULO IV

A las nueve de la mañana del día siguiente, sorbía Luc Owens un vaso de leche tibia y masticaba lentamente una porción de pastel de manzana. Entretanto observaba a través de los cristales de la ventana la fachada del edificio de dos pisos donde se ubicaban las oficinas de la Portland.

La noche anterior no tuvo el menor problema en hallar un alojamiento sin pretensiones.

En un enorme patio delantero, se encontraban cuatro camiones de gran tonelaje junto al muelle de carga. Las carretillas elevadoras se movían afanosamente.

Mientras desayunaba, iba recordando Owens algunas de las palabras pronunciadas por Kelly en el trayecto: «Barry Andrews desempeña la doble tarea de admitir al personal y asignar las rutas a los camioneros. Figura en la nómina de la empresa desde su fundación y creemos que no está involucrado. Le corresponderá averiguarlo».

Su primer peldaño en la resbaladiza escalera.

Media hora después cruzaba el muelle de carga y uno de los hombres que se movían en torno a los camiones, le indicó la escalera que lo llevaría al piso superior.

Al llegar arriba, vio Luc varios despachos separados entre sí por planchas plastificadas transparentes. Ante ellos, tras una máquina de escribir, levantó la cabeza una mujer que ya no cumpliría los cuarenta y cinco.

—¿Qué desea? —inquirió con sequedad.

Pensó Luc Owens que las diez menos veinte de la mañana era una hora poco propicia para una hembra de su edad, que se pasa el día golpeando una máquina de escribir.

—Quiero pedir trabajo como conductor.

—Creo que no tenemos plazas vacantes.

—¿Por qué no deja que me lo diga su jefe? Ande, sea amable y dígame que deseo verlo.

—Es posible que el señor Andrews no pueda recibirlo.

—Lo sabremos si hace la prueba, ¿no le parece?

La mujer se levantó con un gesto huraño plasmado en sus rígidas facciones y desapareció tras una puerta. Observó el joven que hablaba unos instantes con un hombre fornido de unos cincuenta años, que vestía una camisa de franela a cuadros.

Regresando, mantuvo abierta la puerta.

—El señor Andrews lo recibirá.

Penetró Owens en el reducido despacho lleno de archivadores, después de dirigir una sonrisa a la cuarentona. El hombre de la camisa a cuadros le indicó una silla.

Fue directo al asunto:

—Me dijo mi secretaria que busca empleo como conductor, señor...

—Owens. Luc Owens, señor Andrews.

—¿Tiene referencias de su empleo anterior?

—Mi empleo anterior fue con la infantería de Marina. Hace un año que finalizó mi enrolamiento y estoy tocando fondo. He agotado mis reservas y como soy conductor he pensado en volver a trabajar. No quiero meter las manos en la pequeña renta que me legó mi padre. Le costó lo suyo reuniría y yo no soy un vago.

Barry Andrews lo miró interesado.

—¿Estuvo luchando en Vietnam?

Extrajo Owens una cartulina y la tendió por encima de la mesa de Andrews. Era su certificado de licenciamiento con mención honorífica por su valor demostrado. El otro lo leyó atentamente.

Devolviéndolo, comentó:

—No sólo estuvo en Vietnam, sino que cumplió como los buenos.

—Una vez en el baile no tuve más remedio que bailar.

—Yo tengo un hijo combatiendo allí.

Había orgullo en la entonación de Barry Andrews al decirlo. Luc lo tachó mentalmente de la lista. De toda su figura se desprendía honradez y arrogancia patriótica de padre.

Sin aguardar las palabras de Owens, siguió Andrews:

—Pertenece a los «boinas verdes», ¿sabe? En las cartas me dice

que es el mejor cuerpo que lucha por allí.

—Son unos jabatos —convino Luc.

—Yo luché en Francia contra los alemanes. Aquella forma de combatir era distinta. Parece que haya pasado un siglo desde entonces. De todas formas me alegra que mi hijo siga la tradición.

Comenzaba a sentirse incómodo Luc Owens. No se encontraba a gusto jugando con los sentimientos de aquel hombre, y con su orgullo; en su opinión desplazado.

—¿Qué puede decirme de mi solicitud de empleo, señor Andrews?

El hombre hizo un gesto de disculpa.

—Perdone, muchacho. Me pongo pesado hablando de mi hijo, pero usted sabrá disculparme la presunción de padre, ¿verdad?

—Es usted el que debe perdonarme, señor Andrews —y había sinceridad en su entonación—. Ardo en deseos de saber si podré trabajar con ustedes.

Barry Andrews rió ampliamente.

—No podemos dejar sin empleo a un excombatiente, Owens. Lo que siento es que no podrá ser de conductor. Al menos por ahora.

Luc Owens dio la impresión de titubear.

—Si he solicitado una plaza de conductor, es precisamente porque estoy habituado a los espacios libres y me resultaría más fácil comenzar la readaptación.

—Lo comprendo, lo comprendo —asintió Andrews—. En la Sheyner disponemos siempre de un conductor de reserva. Ocupa un trabajo en las carretillas y cuando se produce una vacante, pasa a conductor. Ahora ha quedado libre esa plaza, Owens. Siento tener que decírselo, pero uno de nuestros hombres fue asesinado anoche.

Luc quedó unos segundos pensativo.

—¿Y puedo yo ser el conductor de reserva?

—Desde luego. En cuanto al salario...

—No hace falta que me lo diga ahora, señor Andrews —atajó Luc haciendo un ademán—. Tengo plena confianza en usted.

—Está bien, muchacho. Mañana por la mañana puede presentarse al señor Brent. Tendrá órdenes mías respecto a usted.

—Gracias, señor Andrews.

Luc estrechó la vigorosa mano que le tendió Barry Andrews, pensando en que el primer paso estaba dado. No le resultó difícil

ingresar en la compañía de transportes, aunque se vio obligado a representar un papel poco digno con Andrews.

Luc Owens dejó transcurrir dos días, dedicándose a manejar la carretilla elevadora cargando los camiones que luego veía partir con cierta envidia en sus pupilas.

Entretanto estudió a todos los camioneros detenidamente.

Gene Mallory era el más joven de los conductores de la Portland Sheyner y también el más fanfarrón. A sus veintiséis años atesoraba infinidad de defectos que servían para ganarse la enemistad de casi todos sus compañeros.

Mostraba orgulloso sus bíceps de atleta y gastaba continuas bromas pesadas a los otros, deseoso de dejar bien sentada su superioridad en todos los campos.

Fue el blanco elegido por Luc para el siguiente paso. Por las noches, cuando se hallaba en Portland, cruzaba Gene Mallory un solar abandonado, como atajo en camino a su vivienda.

A la tercera noche de haber entrado Owens en la compañía, caminaba Gene cruzando el solar mientras silbaba una tonadilla de moda. Respingó al divisar a la sombra que se interponía en su camino.

Tuvo dificultad para reconocer en la penumbra a Luc Owens.

—¿Qué haces aquí, Owens?

—Te estaba esperando, Gene.

—¿A mí?

Owens cabeceó tranquilo.

—Eso es.

Mallory hinchó el pecho impaciente. No le gustaba en absoluto que el recién llegado lo aguardara en aquel lugar solitario y el tono de su voz sonó hosco al preguntar:

—¿Sobre qué tenemos que charlar tú y yo, Owens?

—No hablaremos de nada, Mallory.

—Oye, Owens —replicó agresivo el conductor—. Te advierto que tengo poca correa y no me gustan los misterios. Si no me esperas para charlar, ¿para qué, entonces?

—Vamos a decidir cuál de los dos llevará mañana tu camión, Mallory. Me he encaprichado de él.

Gene Mallory se quedó de muestra.

Después de unos segundos perplejo, masculló:

—¿Estás chiflado, Owens?

—No, Mallory. Necesito conducir un camión de la Sheyner para cobrar el máximo de salario a fin de mes. Mañana no te presentarás en la compañía. Una tía tuya ha enfermado de repente en el Canadá y no sabes cuán de volverás.

Mallory rió burlón.

—No me digas.

Observó Luc que apretaba los puños e inclinaba ligeramente la cabeza, dispuesto a embestir en cualquier momento.

Preparado para eludir la acometida, invitó:

—Lo decidimos... ¿o qué, Mallory?

CAPÍTULO V

Ladeó la cabeza con rapidez Luc Owens, esquivando por centímetros el alevoso derecho lanzado súbitamente por Gene Mallory, en su afán por sorprenderlo. A su vez retrocedió un paso y metió la derecha en gancho al hígado.

Mallory quiso tragarse toda la oscuridad del solar.

Se llevó ambas manos al sitio dolorido con las fauces muy abiertas y los ojos saltones.

Luc le sacudió un mazazo lateral a la oreja izquierda y Mallory salió dando trompicones hasta caer de bruces.

Irónico, llamó Owens:

—¡En pie, gandul! ¿No eras tú el que te comías crudo a todo quisque, caramba?

Gene Mallory lo miró con los ojos preñados de inusitado odio desde el suelo.

—No sabes con quién te la estás jugando, Owens —gruñó sacudiendo la cabeza—. Te voy a romper todos los huesos del cuerpo.

—Vamos, Gene, demuéstalo.

Se lanzó Gene Mallory de improviso con la cabeza por delante intentando clavarla en el estómago de Luc. Los brazos extendidos tenían como meta la cintura de su oponente.

Sólo tuvo Luc que afirmar la pierna izquierda en el suelo y levantar la derecha súbitamente en demoledor rodillazo a la frente contraria. Mallory dio un ahogado gemido y se desplomó a lo largo.

Contemplándolo apenado, fue diciendo Owens:

—Ese truco lo abandonaron por viejo los «viets», hombre. Parece mentira que a pesar de tu juventud tengas tan mala baba, caray. ¿No sería más razonable que lleguemos a un acuerdo amistoso? Ahora está de moda partirse la cara primero y sentarse en una conferencia de paz a continuación. Nosotros ya hemos hecho lo

primero, Gene.

Se agachó con presteza Luc Owens porque Mallory no se resignaba a ser vapuleado sin oponer resistencia y le lanzó una piedra recogida del suelo. El improvisado proyectil pasó rozando el rostro de Luc, que apretó furioso los dientes.

—¿Piedrecitas a mí? Como me hartes te vas a comer toda la basura del solar, Gene.

El camionero se zambulló de improviso.

Y rugió de maligna alegría abrazado a las piernas de su rival cogido por sorpresa. Cayeron rodando por el suelo y Mallory intentó por todos los medios conectar un rodillazo en la entrepierna de Owens.

A éste no le gustó la idea en absoluto.

Mallory se sintió sujetado férreamente por la pechera de la camisa y dos piernas distendiéndose lo hicieron salir catapultado por encima de la cabeza de Luc.

La mano derecha de Owens golpeó abierta en revés de derecha e izquierda el rostro de Mallory. Las rápidas bofetadas se repitieron varias veces en veloz sucesión.

Logró zafarse Gene y aplicar un directo que se estrelló sin demasiada fuerza en el hombro de Luc.

Una lluvia de golpes se le vino encima y lo arrojó de nuevo por tierra, dispuesto Owens a terminar cuanto antes. Y compuso una mueca de disgusto al escuchar los sollozos impotentes de Mallory.

Dominó sus sentimientos sensibleros y se inclinó sujetándolo por el cuello de la camisa.

—¿Quién llevará mañana tu camión, Gene?

—Maldito bastardo...

—Si te empeñas puedo ser más bruto todavía, caramba.

—Pero... ¿por qué tienes que robarme el puesto en la compañía?

—Sólo deseo que me lo prestes. Lo necesito porque no puedo esperar mucho para convertirme en conductor efectivo.

—¿Y tengo que ser yo precisamente?

—Desde luego. Si te presentas mañana en el muelle te daré una buena zurra delante de tus víctimas. Eso acabará con tus chulerías. La elección es simple, hombre.

Gene Mallory estuvo unos instantes silencioso, con el rostro ceñudo. Apremió Luc:

—¿Quién llevará mañana tu camión, Gene?

El tipo lo miró con infinito odio.

—¡Púdrete, Owens...!

Al día siguiente no se presentó en la Portland Sheyner.

Una llamada telefónica anunciando que abandonaba voluntariamente el empleo y la solicitud de que le fuera enviado el salario pendiente a una determinada dirección, dejó zanjado el asunto.

Vía libre para Luc Owens, que pudo ver la expresión satisfecha de Barry Andrews cuando lo hizo llamar tan pronto apareció por la compañía. Le anunció sonriente que aquel mismo día saldría con carga para Los Ángeles. Y le palmeó complacido los hombros.

A las doce del mediodía abandonaba Luc Owens la ciudad de Portland, tras el volante de un «Chevrolet» idéntico al que conducía Al Robson el día que lo eliminaron. A pesar de su sincera vocación de vagabundo, se sentía a gusto pilotando aquella gigantesca mole.

Después de rebasar Dunsmuir se admiró con la agreste vegetación que bordeaba al lago Shasta, con su forma de descomunal mano humana. Sonrió al cruzar Tehama.

Allí comenzó el embrollo en que estaba metido.

A pesar de no aguardar novedades en su primer viaje, se mantenía en alerta constante para evitar posibles sorpresas. El siguiente paso debían darlo los otros. Por un momento se sintió intranquilo al pensar en una posibilidad que no se le había ocurrido con anterioridad: ¿Sería Gene Mallory uno de los contrabandistas?

Encogió los hombros resignado por el olvido.

Si era así, ya nada podría hacerse por remediar la situación. En aquellos momentos sabrían su inusitado interés por ingresar en la Portland como conductor.

Cuando divisó a lo lejos el letrero del Silver Dollar, suspiró riendo bajito y puso el intermitente maniobrando para estacionar el camión en la explanada delantera.

Saltó a tierra y observó que todo aparecía solitario.

Frunciendo el ceño penetró en el local.

No había ningún cliente a la vista. Tras el mostrador, un individuo de unos cincuenta años, de ojos saltones y grueso cuello, se hallaba fregando unos vasos.

Al entrar Luc levantó la cabeza y abandonó la tarea de seguir

limpiando los vasos. Pasó la mirada de sus ojos saltones en el joven, al tiempo que preguntaba impasible:

—¿Qué tomará?

—*Whisky* con dos cubitos de hielo.

Al depositar lo solicitado ante Owens, hizo el fulano un ademán indicando el anagrama en el bolsillo de la camisa del joven.

—¿Nuevo en la Sheyner?

—En efecto.

—Es raro que se detenga en este bar, amigo. Algunos conductores de su compañía también lo hacen —después de una breve pausa, agregó el tipo—: Supongo que se lo recomendaron, ¿no?

Luc denegó dando una cabezada.

—Si me he detenido es porque tengo que hablar con Rita Lawce, amigo —explicó el joven—. ¿Dónde está?

El hombre entornó los ojos súbitamente interesado.

—¿Para qué desea verla?

Luc torció el gesto en agria sonrisa tratando de armarse de paciencia, y respondió seco:

—Eso es cuenta mía.

A continuación echó la cabeza hacia atrás bebiendo un trago del *whisky* con hielo. Cuando enderezó de nuevo la cabeza parpadeó asombrado y se quedó estupefacto sosteniendo el vaso en la diestra.

El tipo de los ojos saltones había sacado un revólver de algún lugar y le apuntaba recto al pecho.

—También es cuenta mía, ¿no cree?

CAPÍTULO VI

Sin hacer ni un solo movimiento, dijo Owens:

—Eh, amigo. ¿A qué viene eso, caramba?

—Ha dicho que desea hablar con mi hija, ¿no?

—Eso es, señor... Lawce —cabeceó Luc—. Pero únicamente para darle las gracias por un favor que me hizo.

—¿Está seguro?

—Llámela y saldrá de dudas.

No hizo falta que el tipo del revólver llamara a la muchacha. Rita apareció en la puerta que situada tras el mostrador, comunicaba con la vivienda del establecimiento.

Se quedó unos segundos observando la escena y acto seguido sacudió la cabeza recriminando:

—Se equivoca con este hombre, Miller. Se trata de Luc Owens y es de los nuestros.

El fulano llamado Miller se quedó sin saber lo que hacer con la pistola y murmuró confuso:

—Bueno..., yo creí que...

—El teniente Kelly se lo advirtió, Miller —continuó diciendo la chica—. Nada de precipitarse.

Luc Owens los miró cada vez más perplejo.

—¿Quiere explicarme alguien lo que ocurre aquí?

Rita le dedicó una sonrisa mientras el fulano de los ojos saltones introducía el arma bajo el mostrador.

—El agente Bill Miller se hace pasar por Sam Lawce, mi padre. Dado el cariz que ha tomado la situación, Kelly lo ha estimado oportuno.

—Comprendo.

—Insistí tratando de convencerlo de que no era preciso. He sido debidamente entrenada para enfrentarme a cualquier contingencia que se presente.

Luc contempló la espléndida belleza de Rita Lawce. Estaba radiante con su jersey color malva que realzaba la turgencia de sus erguidos senos. Sacudió la cabeza aprobando:

—Kelly hace bien, muchacha. Estas cosas no son para que las pele una hembra de su calibre, caramba. Y en cuanto a usted, Miller —agregó dirigiéndose al agente—, aunque me dio el susto padre hizo muy bien. Vale más prevenirse a tiempo que lamentarlo después. ¿La he saludado ya, señorita Lawce?

Rita tendió la diestra sonriendo encantadora.

—¿Qué tal, señor Owens?

Luc se la estrechó sonriendo también.

—Muy bien y agradecido por su intervención del otro día.

—Puesto que ahora somos compañeros de profesión, puedes llamarme Rita —dijo ella risueña.

—Me parece estupendo, Rita —asintió complacido Luc.

—El teniente Kelly nos puso al corriente de lo que intenta hacer, Owens —intervino Miller—. Supongo que se da perfecta cuenta de lo peligroso de la misión.

Luc torció el gesto.

—Kelly casi me obligó a aceptar, Miller. Y ya que estamos de confidencias; no me habló para nada de usted.

—Lo pensó después, Luc —aclaró Rita—. Bill es de absoluta confianza.

—Ya.

—Ahora estamos solos aquí y podemos hablar con libertad, Owens —continuó Bill Miller—. En adelante, cuando tenga algo que comunicar, hágalo entrando por la puerta de la parte posterior. Como si fuera a refrescarse a una cuba de agua que tenemos allí. Algunos conductores lo hacen. No tiene que llamar a la puerta para entrar.

—De acuerdo, Miller.

—¿Le resultó muy difícil entrar en la Portland?

—No. Tengo mis métodos personales de persuasión. De momento pueden comunicar a Kelly que la primera fase se ha desarrollado con normalidad. Y opino que no perderíamos nada haciendo vigilar de cerca a un sujeto bravucón llamado Gene Mallory. Conductor de la compañía hasta ayer.

Rita lo miró interesada.

—¿Sospechas que esté involucrado?

—No puedo saberlo. Pero me cedió en contra de su voluntad el camión que he traído hasta aquí. En el mundo hay tipos envidiosos y podría irse de la lengua.

La chica movió la cabeza afirmativamente.

—Comprendo. Lo comunicaré al teniente.

Luc Owens bebió un largo sorbo de *whisky* con hielo y al depositar el vaso en el mostrador, comentó:

—Me gustaría aclarar un punto de lo que ocurrió la otra noche aquí. Ya sabes; cuando mataron a Robson.

—¿De qué se trata, Luc?

El joven dejó pasar unos instantes.

—Fue evidente y me consta que el tal Flanagan me sacudió una alevosa patada en las costillas. No fue un tropezón puesto que no es un cegato. Y luego, el muy canalla va y me acusa delante de Kelly y Grady. ¿Qué motivos pudieron impulsarlo?

—No interviene en el tráfico de estupefacientes si es lo que estás pensando, Luc —aclaró Rita—. Phil Flanagan fue investigado a fondo sin resultados positivos.

—No me refería a eso.

—¿No?

—Busca otra cosa, Rita —dijo Owens—. Durante el tiempo que permanecí aquí me dedicaste alguna sonrisa.

—¿Y supones que Flanagan se sintió molesto?

—Exacto.

—¿Por qué?

El joven chasqueó la lengua.

—No te hagas la ingenua, muchacha. Lo sabes de sobra.

Bill Miller había vuelto a secar vasos y dio la impresión de desentenderse de lo que hablaban ambos jóvenes. Mirando recta a los ojos, explicó Rita:

—Puedo asegurarte que Phil Flanagan no tiene motivos para sentirse celoso, Luc.

—El puede pensar lo contrario.

—Es posible —convino la chica—. Tengo que ser amable con todos los que llegan y pudiera ser que Flanagan haya pensado algo raro. En cuanto a mí...

Luc le palmeó el hombro con naturalidad.

—No tienes que explicar nada, Rita. Tus asuntos son cosa que no me incumben... por ahora.

A ella le brillaron en fugaz destello los ojos.

—Oye, Luc...

—Tendremos tiempo de hablar, encanto —la cortó el joven—. ¿Tengo que abonar la consumición o va por cuenta del contribuyente?

Desde la fregadera, dijo Miller:

—No debe nada, Owens. Suerte.

—Abur, pareja.

Y sin decir nada más, Luc Owens se encaminó a la salida. Ya la alcanzaba cuando escuchó la voz cálida de Rita:

—Luc...

El joven se giró a medias.

—¿Sí?

—Ten mucho cuidado.

Luc Owens sonrió lleno de repentina euforia.

—Descuida, nena.

De nuevo en ruta, silbaba Luc Owens su tonadilla favorita. La letra hablaba de un trovador errante que echó raíces porque en su vida se cruzó una doncella como Rita Lawce. Y sus labios quemantes aplacaban sus deseos de vagabundear.

De repente crispó los labios.

Los faros del camión se posaron fugazmente en el descapotable color verde estacionado junto al arcén derecho.

CAPÍTULO VII

Las luces de Davis aún se divisaban por el espejo retrovisor y Luc Owens sonrió ácidamente por haberse equivocado en su predicción de que no habrían problemas en el primer viaje.

Comprobó por el retrovisor que se encendían las luces del descapotable al ser rebasado por el potente «Chevrolet». Se trataba de un «Ford» último modelo y comenzó a rodar tras el camión.

De momento todo iba bien.

El «Ford» conservaba la distancia reglamentaria sin intentar el adelantamiento. Encendió Owens los intermitentes de la derecha avisándole que podía adelantar sin peligro. Y se mantuvo alerta porque el descapotable no dio señales de enterarse.

Rodaron un largo trecho sin que se alteraran las posiciones.

Sonrió con mueca felina Luc Owens cuando vio las luces del pequeño deportivo aproximarse a velocidad vertiginosa por su izquierda. Pisó a fondo el pedal del gas, en el instante que el «Ford» verde se cerraba suicidamente sobre la parte delantera del camión.

Rugió el motor del «Chevrolet» lanzándose sobre los rojos pilotos del automóvil.

Bastó un contacto no demasiado brusco en la parte trasera.

El «Ford» ocupado por dos individuos, comenzó a bambolearse zigzagueando de un lado a otro de la carretera con ruidoso chirrido de neumáticos sobre el asfalto.

Se complacía el excombatiente observando los apuros del temerario conductor para mantener su vehículo en posición correcta. Y apretó el pie en el freno, porque el descapotable describió un repentino giro en redondo y quedó a escasos centímetros del fuerte parachoques del camión.

Saltó velozmente de la carlinga Luc Owens.

Empuñaba el troncho pelado de un racimo de plátanos, que previsoriamente descansó todo el viaje en el asiento contiguo al

suyo. Lo abatió con fuerza y sin previo aviso, sobre la testa del individuo que se sentaba junto al conductor y abandonaba el coche antes que su compañero.

Éste no se había repuesto del todo del susto pasado y cuando quiso darse cuenta, unas férreas manos le mantenían la cabeza aplastada contra el volante.

La voz de Luc amenazó:

—Si haces un movimiento le doy un alegrón a Nixon sacándote petróleo de la nuca, camarada.

Forcejeó tardíamente el individuo sin conseguir soltarse, mientras su compañero yacía desmadejado tendido de bruces junto al coche.

—¿Pero qué le pasa a usted? —exclamó dificultosamente el tipo—. Encima que ha estado a punto de matarnos...

Golpeó Luc Owens con el canto de la mano en el cuello. Se lo enseñaron en los «marines» y sus consecuencias fueron satisfactorias. El sujeto quedó desvanecido.

Cuando recuperó el conocimiento tenía los brazos fuertemente ligados en cruz, al parachoques delantero del camión. Descansaba medio sentado en el suelo terroso. No era asfalto donde se hallaba el «Chevrolet», que encendidas las luces de posición iluminaba tenuemente la escena.

La noche había caído por completo.

Luc Owens mantenía en su diestra el troncho de plátano balanceándolo ante los ojos del individuo.

—¿Por qué nos atacó, maldita sea...? —Fue lo primero que masculló el conductor del descapotable—. ¿Está loco?

Owens informó escueto:

—Tenemos que hablar.

—¿Y era preciso golpearlos?

—Sí, si quiero asegurarme las contestaciones. Y estoy completamente decidido a sacarte la verdad.

—No comprendo...

La improvisada arma de Luc se inmovilizó frente a sus ojos.

—¿Quieres que te arree un tronchazo para hacerte recordar?

—Escuche, amigo...

—Un momento, capullín —interrumpió Luc levantando el troncho—. Escúchame tú antes y así podrás llegar con facilidad a la

conclusión de que no es necesario que te hagas el imbécil, porque no son un secreto para mí tus actividades. No quiero perder el tiempo en... ¡Silencio o te zumbo el tronchazo! —Tras una obligada pausa, prosiguió Owens—: Vosotros dos formáis parte de una pandilla que trafica en «nieve» y yo quiero que me informes de todo cuanto sepas al respecto. Observa que dije; «formáis», lo cual te demuestra que estoy seguro de lo que digo. Ahora te concedo la palabra.

—Me está hablando en chino.

Luc compuso un gesto contrariado.

—¿Seguro?

—No sé de qué me habla, amigo.

El joven emitió un leve suspiro.

—De acuerdo. Me he salido de la carretera general unos tres kilómetros y nos encontramos en un desvío por donde no transita nadie desde los tiempos de Billy el Niño. Como puedes ver, el suelo es de tierra y abundan los peñascos. Tengo la absoluta seguridad de que formas parte de la cuadrilla y no tendré remordimientos por lo que te pueda ocurrir, palabra. Ahora subiré tras el volante y recorreré cuatro kilómetros a una velocidad de cuarenta o cincuenta. En la postura que te encuentras atado al parachoques no te quedará ni un botón de la camisa porque irás arrastrando la pechuga por las piedras. Si en la prueba te mueres probaré con tu compinche. A lo peor él habla y tu hombría se pierde tontamente.

El tipo se puso lívido.

—No se atreverá...

—¿No? —se burló frío Luc—. Cuando tu cuerpo vaya tropezando en todas las peñas comprenderás que fui capaz.

Hablaba pausadamente Luc Owens, pero había tanta frialdad en sus palabras que el fulano se estremeció. La mente del joven se hallaba ocupada por la visión del cuerpo apuñalado de Robson.

El otro aún se resistió a creerlo.

—Eso es una salvajada.

Tembló su cabeza en tic nervioso cuando vio que Luc Owens se encaramaba a la carlinga y ponía el motor en marcha. El camión se puso bruscamente en movimiento y las ruedas delanteras estuvieron a punto de atraparle las piernas.

Su cuerpo comenzó a rebotar en las piedras y tuvo que hacer un

tremendo esfuerzo por mantenerlo recto entre las dos ruedas. Totalmente bajo el poderoso motor.

Acabó chillando con todas las fuerzas de sus pulmones. Un terror incontenible se apoderó de todo su ser.

El camión aún recorrió unos treinta metros antes de detenerse.

Bajóse Luc Owens de la carlinga y pudo ver a un hombre que temblaba convulsivamente. Destrozados los nervios y moralmente convertido en un guiñapo.

Con glacial soma, inquirió:

—¿Estás dispuesto a informar, capullín?

El fulano lo miró desorbitados los ojos.

—¡Esto es una guarrada! —chilló desprovisto—. Yo no sé de qué me habla y...

—Eres un imbécil, capullín —dijo despectivo Owens—. Subiré de nuevo al camión y cerraré el cristal para no escuchar tus gritos.

Hizo Luc el movimiento de volver a subir y gritó el individuo:

—¡Espere!

—Lo has pensado mejor, ¿eh?

El fulano tragó saliva dificultosamente.

—¿Qué quiere saber?

—Eso está mejor, hombre —aprobó Owens sonriendo frío—. ¿Ves como al final llegaremos a un acuerdo?

—Yo sólo soy un vigilante de la organización.

Luc Owens mostró las palmas y moviéndolas exigió calma.

—Vayamos por partes, vigilante. Yo haré las preguntas y tú responderás sin titubeos, ¿estamos? Si me huelo que tratas de tomarme el pelo subiré a la carlinga sin ningún comentario y no te salvará ni el Carracuca. ¿Lo entiendes?

El otro cabeceó.

—Le diré todo lo que sé.

—De acuerdo. En primer lugar vayamos por la filiación. ¿Tú nombre y el de tu compinche?

—Marshall Colby y Ted Downs.

—¿Cuál de los dos cabestros eres tú?

—Ted Downs.

—Muy bien, Ted. Aparte de asustar a los camioneros con tus locos adelantamientos y apuñalarlos después, ¿a qué te dedicas dentro de la cuadrilla?

Ted Downs denegó enérgicamente con la cabeza.

—Yo no maté a Robson.

—Lo hizo Marshall, ¿no?

—Sí.

—Lo aclararemos a su debido tiempo, Ted. La pregunta sigue en pie: ¿A qué os dedicáis dentro de la organización?

—Formamos parte de la segunda sección.

—Explica eso de la segunda sección, Ted.

—Existen tres secciones en la organización. La primera se encarga de recoger la mercancía en la costa y trasladarla a San Diego. La segunda, que somos nosotros, la recogemos allí y la trasladamos a Portland. La otra se preocupa de su distribución por los Estados. Las tres secciones actúan independientemente y ninguno de los miembros nos conocemos entre sí.

—No me digas...

—¡Es la verdad!

—Sin gritos o te suelto un tronchazo, Ted, hombre. ¿Por qué tuvo que morir Al Robson?

—Se negó a colaborar con nosotros y el jefe creía que sospechaba lo que estaba pasando. Temió que se chivara a la policía.

—¿Quién es el jefe de la cuadrilla, Ted?

—Eso lo ignoramos todos.

—No me vengas con tonterías, Ted, caramba.

Downs se pasó la lengua por los labios y se contuvo a punto de dejar escapar otro chillido. Procurando conservar la calma, inquirió:

—¿Cree que le mentiría sabiendo lo bestia que es usted?

Luc chasqueó la lengua.

—Sin alusiones a la idiosincrasia personal de cada uno o se te caerán los dientes, Ted. ¿De qué forma transportáis la «nieve» desde San Diego a Portland?

—Los conductores entran en un almacén de San Diego con sus camiones. Allí se les cambia la rueda de recambio y en el interior de la cubierta van los paquetes previamente preparados. Son unas ruedas especiales que no pueden ser usadas.

—¿Y en caso de pinchazo?

—En la maleta del descapotable llevamos una buena para socorrerlos en caso de que suceda.

—¿Saben ellos lo que transportan?

—No. Nada saben ni les importa. Sólo saben que por cada rueda que llevan a Portland reciben doscientos dólares extras. Al llegar a la ciudad termina nuestra misión.

—Y entra en escena la tercera sección, ¿no?

—Eso es.

Quizá era debido al terror que le inspiraba, pero Luc tuvo la certidumbre de que Ted Downs le decía la verdad. Haciendo una pequeña pausa, prosiguió:

—¿Cuántos camioneros tenéis adictos a la cuadrilla?

—Tres.

—¿Nombres?

—Joe Martin, Robert Pearson y Frank Ronni.

—¿Y el jefe de la segunda sección?

—Paolo Baldini. Es uno de los accionistas de la compañía y son escasas las veces que acude a ella.

—¿Italiano?

—Nacionalizado norteamericano. Posee un comercio de frutas donde se realiza el cambio de la rueda. Está situado en el cincuenta de Boone Jim Street.

—¿Y los jefes de las otras secciones?

—Le dije que no los conozco.

—Ahora lo que hace falta es que yo te crea, Ted.

Downs compuso un gesto de abatimiento y resolvió:

—Puede hacer lo que quiera conmigo, pero no logrará sacarme nada más. Le he dicho todo cuanto sé, amigo.

Luc quedó unos instantes pensativo.

Se daba cuenta de que Ted Downs le había dicho todo lo que conocía de la organización. Si ocultaba algo, tiempo tendrían Kelly y Grady de sacárselo. Se sintió satisfecho de lo averiguado. La cosa marchaba viento en popa para ser él un novato sin experiencia, aunque sobrado de agresividad.

Media hora más tarde entraba con su camión en Sacramento.

Entró en una cabina telefónica y discó el número muy personal que le facilitó Hugh Kelly, para casos de emergencias imprevistas. Esperaba oír la voz del teniente y respingó al escuchar una agradable entonación de mujer al otro lado.

—Dígame...

—Deseo hablar con Hugh Kelly.

—El teniente Kelly no está en estos momentos. ¿Es usted Luc Owens?

—Acertó, paloma.

—Mi hermano me habló de usted —explicó la modulada voz femenina—. Puede decirme lo que sea con absoluta confianza. Además de su hermana soy su colaboradora y estoy al corriente de su misión.

—No me advirtió Kelly esto, paloma.

—Tampoco le dijo lo de Bill Miller, ¿no? Mi hermano sólo le dijo que Rita Lawce actuaría como enlace entre ustedes. Le repito que puede tener confianza, Owens.

El joven suspiró hondo.

—Pues oído al parche y no se pierda nada, paloma —dijo resuelto—. Tengo prisa y sigo viaje a Los Ángeles. Junto al kilómetro trescientos catorce de la general, cerca de Davis, sale un camino terroso. Entrando en él encontrarán a unos tres kilómetros el descapotable verde. En su interior, debidamente atados y amordazados, se encuentran dos pistoleros de pacotilla llamados Ted Downs y Marshall Colby. Forman parte de la banda y fueron los que liquidaron a Robson. Interesa darles pensión gratis para que no molesten mi gestión. Si los interrogan a modo pueden sacarles muchas cosas interesantes. A mi vuelta de Los Ángeles dejaré una nota informativa a Rita Lawce. ¿Lo cogió todo, paloma?

Se escuchó una suave risita al otro lado del hilo.

—Soy taquígrafa, gavián.

—Pues saludos al teniente.

Sonrió Luc Owens al depositar el aparato en su horquilla. Si la fisonomía de la hermana del teniente Kelly hacía juego con su voz, seguro que era un monumento.

CAPÍTULO VIII

El pesado camión conducido por Luc Owens dejó atrás Fresno en dirección a Sacramento. Regresaba de Los Ángeles sin carga. Meditaba el joven sobre los acontecimientos acaecidos últimamente y en los cuales se mostró como un brutal energúmeno.

Sacaba conclusiones y se imponía una entrevista con el teniente Kelly, que como técnico en la materia escogería con mejor juicio la senda a seguir en adelante. En realidad no le agradaba el papel que estaba representando porque cuando la sangre se le subía a la cabeza...

En el bolsillo del pantalón, una nota redactada a bolígrafo sobre una cuartilla, detallaba minuciosamente los pasos y averiguaciones de Luc Owens. Nombres incluidos.

Al entregarla a Rita solicitaría la entrevista con Kelly. El corazón le latía a ritmo acelerado al pensar en la bella muchacha. Se dijo Luc que era de las mujeres que suscitan deseos de formar un hogar dentro de un marco apacible.

Casi dos horas después avistó la edificación del Silver Dollar.

Maniobró para estacionar su camión junto a otro detenido en la explanada y al hacerlo le pareció reconocerlo de la fatídica noche en que comenzó el embrollo.

Un «Pontiac» familiar formaba ángulo recto estacionado frente a la fachada principal.

Rodeó Luc Owens la edificación y se encontró ante la puerta posterior del local. Permanecía cerrada y la abrió el joven entrando sin llamar como le indicara Miller.

Se halló en una amplia cocina y junto a la plancha donde se tostaban unos filetes, levantó la cabeza sorprendida Rita.

—¡Luc!

—Hola, encanto.

Observó el joven que ella hacía un mohín contrariado e inquirió:

—¿Te molesta que te llame encanto?

—Me gusta más Rita, Luc.

—Ya. Voy demasiado de prisa, ¿eh?

Ella lo miró a los ojos.

—No es eso, Luc... Sólo que esos adjetivos están bien en boca de un matón y tú no lo eres.

Owens cabeceó sonriendo y cerró la puerta a sus espaldas.

—Gracias por el concepto en que me tienes, Rita.

Ella volvió a la tarea de pasar los filetes por la plancha. Observó el joven algo extraño en su actitud y frunció el ceño intrigado. A pesar de las primeras palabras de la muchacha, resultaba evidente que existía una perturbación en su comportamiento.

Se le antojó a Luc frío, distante.

—¿Ocurre algo, Rita?

La chica no levantó la cabeza al responder:

—Estuvo a verme el teniente Kelly, Luc.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Y qué tiene eso que ver? —Al comprobar que Rita Lawce seguía sin levantar la cabeza, pidió—: Mírame de frente, Rita... por favor.

Ella lo hizo despacio y Luc repitió la pregunta:

—¿Qué tiene que ver la visita del teniente Kelly conmigo, Rita?

—Me contó lo que hiciste anoche con Ted Downs y Marshall Colby, Luc —anunció ella en un susurro—. No estuvo nada bien.

Luc apretó los maxilares y sus pupilas despidieron chispas, repentinamente encorajinado.

—¿Qué quería Kelly? ¿Qué trataba a esa gentuza como a parvulillos de un colegio?

—Fue... algo brutal, Luc.

—Lo reconozco —admitió Owens dando una brusca cabezada—. ¿Qué calificativo le da Kelly a lo que hacen ellos? ¿Y tú qué opinas con un hermano internado en un hospital?

Hubo un largo silencio entre ellos.

Lo rompió Rita Lawce que con la cabeza inclinada, dijo en un susurro apenas audible:

—Los odio con toda mi alma, Luc. Sería capaz de dar mi vida gustosa, si con ello pudiese acabar con el tráfico de drogas en el

mundo. Puedo asegurarte que no intento dramatizar —hizo una breve pausa y en seguida agregó—: Pero no puedo ponerme a la altura de esa gente con mi comportamiento, Luc. No es la forma en que yo veo las cosas. Pienso de manera distinta.

Tirantes las facciones, adujo Owens:

—En eso no podemos coincidir, Rita. Y de veras que lo siento. Comprendo que me comporté de forma brutal, pero ellos asesinaron fríamente a Al Robson. Y según me dijo tenía familia, ¿sabes? Es posible que ellos puedan darme la razón.

Rita lo miró ahora de frente y Luc frunció el entrecejo porque estaba viendo una pátina que enturbiaba sus pupilas.

—No hay para tanto, infiernos —masculló colérico—. Downs y Colby se lo tenían merecido.

Ella continuó mirándolo en silencio y comentó sarcástico Luc:

—Ha cambiado tu opinión respecto a mí, ¿verdad? Ahora sí me consideras un vulgar matón.

—No, Luc —replicó ella grave—. Cuando entraste hace un momento te dije que no te consideraba como a tal y ya sabía lo ocurrido anoche. Es únicamente... que no te comprendo.

Luc Owens se sintió profundamente molesto.

Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y con un brusco movimiento tendió a la chica la cuartilla en la que había escrito todo lo que pudo sacarle a Downs.

—Esto es un informe para Kelly —dijo ceñudo—. Y deseo mantener una entrevista con él.

Rita no alargó la mano hacia el papel.

—Kelly te considera fuera del caso, Luc.

El joven no pudo reprimir un respingo.

—¿Cómo dices?

—El teniente Hugh Kelly se pondrá en contacto contigo, Luc —siguió informando la bella muchacha gravemente—. Opina que anoche fuiste demasiado lejos con Downs y Colby. Ha decidido que se equivocó contigo.

Luc Owens respiró hondo tratando de conservar la calma.

—Escucha, Rita —dijo como si masticara cada palabra antes de pronunciarla—. Anoche, esos dos angelitos intentaron sacarme de la carretera y observé que eran los mismos que posiblemente asesinaron a Robson. Los interrogué a mi modo y acabaron por

confesarlo. Tuve que hacerlo para sacarles todo cuanto está escrito en esta cuartilla. Y te aseguro que será de mucha utilidad para vosotros.

Rita movió lentamente la cabeza en sentido negativo.

—No había necesidad de matarlos después, Luc.

El joven boqueó perplejo y durante largos segundos quedó mudo de asombro. Luego, con voz vibrante, exigió:

—Repítelo.

—Ted Downs y Marshall Colby se hallaban atado en el lugar donde le dijiste a la hermana de Kelly, Luc —fue explicando Rita—. Pero estaban fuera del coche y tenían el cráneo destrozado a golpes. De una manera inhumana.

Luc Owens tenía el semblante macilento, lívido de rabia.

—Y Kelly pensó que lo hice yo, ¿no?

Rita parpadeó súbitamente interesada.

—¿No fue así, Luc?

—¡Desde luego que no! —Gruñó el joven bastante excitado—. Puedo ser un poco bruto, pero jamás he sido un criminal. Lo primero que dije a Kelly fue que ni siquiera usaría pistola.

Después de un largo silencio, dijo la chica:

—Pues el teniente está convencido que fue obra tuya.

—Que Santa Lucía le conserve la vista.

—¿Quién pudo hacerlo, Luc?

Owens encogió los hombros.

—¿Y yo qué sé? Kelly es el técnico en la materia y a él le corresponde averiguarlo.

Dejando sobre una mesa la cuartilla escrita que ella no quiso coger, añadió Owens:

—Puedes entregarle este papel y decirle de mi parte que se vaya al infierno. No pienso seguir metido en el embrollo y que haga por verme si es que tiene algo que decirme. En cuanto a ti... puedo jurarte que no fui el que los mató, Rita.

Sin decir nada más abandonó la cocina a grandes zancadas.

Salió a la parte trasera del Silver Dollar y al doblar la primera esquina casi se da de bruces con Phil Flanagan que avanzaba en sentido contrario.

No se apartó Flanagan cerrándole el paso.

—Pero si es el vagabundo del otro día —exclamó irónico.

Owens apretó los maxilares.

—No está el horno para bollos, Flanagan.

—No me digas, vagabundo.

Luc inspiró con fuerza.

—Escucha, Flanagan —dijo calmoso aparentemente—. No te tendré en cuenta la intencionada patada en el costado, pero déjame en paz. No estoy en condiciones de pelear ahora.

Phil Flanagan rió socarrón.

—¿Acaso te sientes débil, vagabundo?

—Me siento capaz de triturarte, Flanagan —aseguró gélido Owens—. No me provoques, caray.

Pero Luc Owens supo en seguida que no podría evitar el enfrentamiento con el conductor bravucón. Las palabras que pronunció Flanagan a continuación se lo confirmaron:

—No te gusta la idea de recibir una paliza, ¿eh?

CAPÍTULO IX

Luc Owens apretó los puños hasta que sus nudillos se blanquearon. Una ira incontenible iba creciendo paulatinamente en su pecho ante la actitud retadora de Flanagan.

—Te aconsejo que te apartes, Flanagan.

—¿Por qué no me apartas tú, chico?

—Escucha por última vez, idiota —silabeó Owens—. Cuando algo me exaspera soy capaz de las mayores brutalidades que te puedas imaginar. Los norvietnamitas te lo podrían decir si estuviesen aquí. Conque lárgate y déjame en paz.

Phil Flanagan poseía mayor envergadura que Owens. También sus músculos parecían más poderosos y por su edad superior, más dados a una pelea a puñetazos. Por eso invitó insultante:

—Vamos, matón, acércate. ¿O acaso estás intentando que me haga pipí en los pantalones? Voy a darte otra patada pero esta vez será en el trasero, vagabundo.

—Esta vez te faltarán narices, Flanagan. Y se terminó la cháchara. Te apartas o te aparto.

—Me apartas... si puedes.

Encorvó Phil Flanagan el torso adelantando los brazos en perfecta guardia clásica. Esperaba Luc Owens moviendo las manos abiertas con rigidez ante su rostro. Estuvieron unos instantes escrutándose la mirada recíprocamente, atentos a los reflejos del contrario.

Súbitamente lanzó Flanagan un directo al rostro y saltó Owens esquivándolo por centímetros. Sintió un doloroso refilón en la oreja izquierda, al tiempo que aplicaba el canto de su mano derecha sobre la clavícula de su rival.

Se encogió éste y cuando se la aproximó Owens le clavó la zurda en el estómago.

Tuvo que retroceder Luc respirando con fruición el aire que le

faltaba a sus pulmones.

Afortunadamente para él, Flanagan sentía un dolor lacerante en el hombro y no pudo seguirlo.

De nuevo los dos frente a frente, avanzó con rapidez Phil Flanagan la pierna derecha, con la malintencionada idea de aplicar un patadón en el bajo vientre de su antagonista.

Atenazó con ambas manos Owens el pie agresor y retrocedió con inusitada fuerza, al tiempo que levantaba la extremidad de Flanagan a la altura de su propia cabeza.

El camionero aulló de dolor.

Su cuerpo rebotó en el suelo con estrépito.

Se abalanzó Luc Owens subiendo a horcajadas sobre el tórax de su enemigo. Un derechazo lateral a la boca cortó el incipiente grito que iba a surgir de la garganta de Flanagan. Comenzó a debatirse mientras sentía en el rostro los secos trallazos de Luc.

Logró catapultarlo por encima de su cabeza.

La lucha se desplazó a la explanada delantera del bar y en la puerta aparecieron Rita Lawce y Bill Miller en compañía de dos hombres más. La muchacha quiso adelantarse pero se lo impidió Miller sujetándola del brazo.

—Quieta, Rita —dijo severo—. Nos interesa que Owens no se vaya todavía.

—Pero... se pueden destrozar.

Miller cabeceó convencido.

—Es muy posible.

Los dos luchadores se miraron frente a frente de nuevo. Haciendo una mueca, sugirió el joven:

—Podemos dejarlo ya, Flanagan.

El otro escupió un rojo espumarajo.

—Te voy a deshacer, vagabundo.

Miraba con intenso odio a Luc Owens.

Y comenzó a girar en torno al joven manteniendo los puños dispuestos al ataque, esperando la ocasión de golpear. Comprendía el excombatiente que delante tenía a un rival de cuidado. Bastaría un golpe bien colocado de sus enormes puños para privarlo del conocimiento.

No quería imaginarse lo que sucedería a continuación.

Recordó de pronto que también fue un hueso duro de roer el

sargento instructor que le dijo: «Lo único que debes hacer es tratar de tumbarme... si puedes». Tenía larga experiencia el sargento, que al despertar tuvo que reconocer sin rencor: «Muchacho, tienes dinamita en los puños. Si algo no necesitas es que te enseñe a pelear».

Sus sabios consejos fueron apareciendo en su mente.

De pronto lanzó un gancho Flanagan.

Lo bloqueó sin dificultad Luc y aplicó con toda su potencia el canto de la mano en el cuello del camionero. Se tambaleó éste abriendo mucho la boca y el joven no dejó escapar la coyuntura favorable que se le presentaba.

Golpeó con saña cruzando los puños a rostro e hígado.

Flanagan se convirtió en un juguete a pesar de su superior envergadura, ante la avalancha de golpes que se le vino encima.

Se encogía cada vez que recibía uno de aquellos terroríficos puñetazos. La balanza se iba inclinando definitivamente del lado de Luc y juzgó éste que ya tenía suficiente castigo su corpulento rival.

Su pensamiento coincidió con el grito que brotó de los labios de Rita. Un grito desesperado:

—¡Basta ya, Luc, basta ya!

Luc finalizó la pelea con un trallazo impresionante al mentón.

Quedó Phil Flanagan en tierra con los brazos en cruz y el rostro tumefacto como consecuencia del tremendo castigo recibido. La paliza había sido soberana y tardaría un buen rato en recuperar el conocimiento por sus propios medios.

Se aproximó corriendo Rita Lawce al que en pie, respiraba entrecortadamente con las piernas ligeramente abiertas y la mirada clavada en el cuerpo de Flanagan.

Owens giró la cabeza hacia ella y la contuvo con un ademán.

—Ahora tienes motivos para pensar que soy un salvaje.

Ella lo miró largamente con lágrimas en los ojos.

—No quiero pensar eso de ti, Luc —musitó con un hilo de voz—. No deseo creerlo.

—Pero no puedes evitarlo, ¿eh?

—Luc...

Hubo amargo resentimiento en la voz de Luc Owens cuando le dijo:

—Comprueba que Flanagan sigue vivo, Rita. Luego lo podrás

testificar ante el teniente Kelly, si aparece con el cráneo convertido en picadillo.

—No debes ser tan duro, Luc —reprendió dolida ella.

Owens no respondió y se encaminó al camión.

El agente Bill Miller lamentó haberse dejado el revólver bajo el mostrador cuando salió atraído por la pelea. Al ver que Owens se disponía a irse, se adelantó hacia él.

—Será mejor que espere aquí, Owens.

El joven se detuvo y frunció el ceño.

—¿Por qué, Miller?

El hombre de Hugh Kelly lanzó una leve mirada a los dos clientes que salieran con él y encarándose hosco a Luc Owens, sacudió la cabeza fulminándolo con la mirada.

—Mi nombre es Sam Lawce, Owens.

El joven encogió los hombros indiferente.

—Por mí como si quiere llamarse Cristóbal Colón, amigo.

—Le aconsejo que espere aquí, Owens —insistió Miller—. Una persona desea verlo y viene de camino.

Luc movió la cabeza en terca negativa, comprendiendo la alusión del agente Bill Miller.

—Puede decirle a esa persona que me he dado de baja en la empresa... Lawce. En cuanto entregue el camión en Portland volveré a mi profesión vocacional.

—Usted no puede hacer eso.

Owens entornó los ojos mirándolo.

—¿Me lo piensa impedir?

—Kelly está al llegar, Owens.

—Dele recuerdos de mi parte.

Como confirmando las palabras del agente Bill Miller, un automóvil negro abandonó la carretera y se detuvo bruscamente junto al camión estacionado de la Sheyner.

De él salieron Hugh Kelly y el sargento Grady. Ambos avanzaron en dirección al joven y después de una breve ojeada al cuerpo tendido de Flanagan, inquirió el teniente:

—¿Lo hizo usted, Owens?

—Seguro, Kelly.

—No ha perdido el hábito de la pelea cotidiana en Vietnam, ¿eh?

Sarcástico, apuntó el sargento Mark Grady:

—Y aseguró ser un tipo amante de la paz, teniente.

La derecha de Luc salió disparada en seco trallazo.

El sargento Grady dio una limpia voltereta en el aire yendo a caer a unos metros de distancia, alcanzado en el pómulo por de derechazo del joven.

Hugh Kelly llevó la mano a la funda sobaquera.

Pero de un salto felino llegó Owens junto a él, justo a tiempo de retorcerle el brazo cogiéndolo por sorpresa. El revólver calibre 38, arma favorita del teniente Kelly, pasó a manos de Luc que paseó el negro orificio en derredor.

Sonriendo en mueca brutal, aconsejó:

—Vamos a comportarnos como seres civilizados, camaradas.

CAPÍTULO X

El teniente Hugh Kelly hizo un gesto de fastidio.

—No sea idiota, Owens. No existen cargos contra usted.

—A otro perro con ese hueso, teniente.

—Nos equivocamos al elegirlo y ahora lo despedimos, muchacho. Eso es todo. Moralmente no podemos acusarlo de nada delictivo puesto que actuaba por cuenta nuestra.

Luc lo miró a los ojos.

—Conque una equivocación, ¿eh?

—Exacto, Owens.

De soslayo observó Luc que el sargento Grady acercaba la diestra al lugar donde enfundaba la pistola reglamentaria. Desvió levemente el cañón del revólver que empuñaba, comentando:

—También se va a equivocar Grady, teniente. Puedo leerle en la frente el lógico deseo de sacar su arma y balearme. Y puedo equivocarme pero no se lo consentiré.

Sin volver la cabeza, ordenó Kelly:

—Quieto, Grady.

—Al contrario, Grady —contradijo Owens—. Ahora doy yo las órdenes ya que tengo la regadera en la mano. Póngase en pie y saque la pistola sujetándola sólo con dos dedos, ¿estamos? Luego la arroja a sus pies y se aleja unos pasos.

El sargento obedeció lentamente las instrucciones recibidas.

Inclinándose sin perderlos de vista, recogió Luc con la zurda la automática del sargento y la insertó entre camisa y pantalón. Siguió empuñando el revólver de Kelly.

Suspirando resignado, preguntó el teniente:

—¿Qué se propone, Owens?

—En primer lugar despejar el camino.

—¿Y luego?

—Irme lo más lejos posible de California, Kelly. Empiezo a creer

que estos aires no me sientan bien.

—Insisto en que no veníamos a detenerlo, Owens. Sólo pretendo mantener una charla con usted y después podrá marcharse a donde quiera. Se lo prometo.

Luc ladeó la cabeza irónico.

—Está persuadido de que liquidé a Downs y Colby, ¿eh, teniente?

Kelly lo miró interesado.

—¿No fue así?

—Por supuesto que no, Kelly —gruñó el joven—. Pero usted ya se ha formado un juicio de mí, ¿no? No servirá de nada decirle que los dejé vivos, aunque atados y amordazados.

Hugh Kelly pareció meditar las siguientes palabras que pronunció:

—Aquel camino era un atajo infernal poco frecuentado, Owens. Usted informó del lugar exacto donde estaban los dos individuos. ¿Qué desea que piense?

Luc hizo un ademán despectivo.

—Me tiene sin cuidado.

—Vamos, Owens, vamos —trató de hablar con calma el teniente—. Devuélvanos las armas y hablaremos en otro lugar más adecuado. A nadie le interesa nuestra conversación.

—Ni hablar, Kelly. Si es verdad que nada tiene contra mí, no iniciará una persecución cuando me vaya, ¿no?

—Bueno..., usted me obligará, Owens.

—¿Lo ve?

—Le he dicho que deseo hablarle y tengo que hacerlo. Necesito saber lo que pudo sacarle a Downs y Colby antes de que... murieran.

—Puede decirlo sin ruborizarse, Kelly —invitó mordaz el joven—. Iba a decir antes de que los matara, ¿verdad?

Hugh Kelly no respondió.

Rita Lawce, silenciosa hasta entonces, lanzó una ansiosa mirada a su superior.

—Estoy convencida de que Luc no lo hizo, teniente —dijo con vehemencia—. No es de esa clase de personas.

—¿Cómo puedes asegurarlo?

La chica lo miró algo confusa.

—Quizá sea... intuición femenina, teniente.

Luc torció el gesto en agria sonrisa.

—No te canses, muchacha. Ellos ya han decidido que yo lo hice y nada les hará cambiar.

Kelly lo miró a los ojos fijamente.

—Trate de convencerme, Owens.

—¿Para qué, Kelly? Usted me ha despedido sin ni siquiera escuchar mi versión de los hechos.

Desde el lugar que ocupaba, intervino Grady:

—Lo creemos si nos dice que se le fue la mano, Owens. A todos nos ocurre alguna vez.

El joven le dirigió una venenosa mirada.

—Tiene menos sesos que un mosquito paralítico, Grady. Según Rita ambos aparecieron con el cráneo destrozado. ¿Se puede considerar que se le fue la mano al que lo hizo, ceporro?

—Oiga, Owens...

—¡Silencio, Grady! —atajó seco Luc—. No vuelva a despegar los labios con ideas geniales porque ya le estoy cogiendo inquina y podríamos enfadarnos.

En el suelo, Phil Flanagan comenzó a dar señales de vida removiéndose. Después de unos segundos quedó sentado en el suelo de cara al teniente y al sargento, sin advertir la presencia de Luc.

Con la mirada turbia, indagó:

—¿Han visto a un tipo alto y flaco con aspecto de gitano, amigos?

Hugh Kelly asintió.

—Si se refiere a Luc Owens lo tiene a su espalda, Flanagan.

El camionero respingó sobresaltado y comenzó a gatear vertiginosamente alejándose de allí. Sólo cuando llegó junto al agente Bill Miller y los otros dos individuos, se percató de que había hablado con los dos policías de la noche que mataron a Robson.

Soltando un resoplido se quedó de muestra contemplando la escena.

En aquellos instantes decía Kelly:

—No es conveniente seguir aquí, Owens.

—Desde luego, teniente, ya me voy.

—Comete un error lamentable, Owens —aseguró el policía—. Yo de usted accedería a mantener unos minutos de conservación

amistosa.

—Pero yo de mi prefiero largarme, Kelly.

—Si es verdad que no mató a Downs y Colby mayor motivo para que charlemos, Owens.

Luc movió el revólver indicándoles el grupo de las cuatro personas reunidas en la puerta del bar.

—Vayan allí, Kelly.

—Por última vez, Owens...

—Se acabó la charla, teniente. Vamos. Empiecen a moverse.

El teniente y Grady obedecieron ceñudos por el comportamiento del joven. Kelly pensó en que posiblemente había obrado de forma precipitada al culparlo, porque Luc parecía sincero en sus palabras. Y extremadamente resentido.

Owens se aproximó al «Pontiac» estacionado frente al bar y disparó dos veces sobre las ruedas delanteras. Los neumáticos perdieron rápidamente el aire y el dueño protestó indignado:

—¿Se ha vuelto idiota, amigo?

Lo contuvo Kelly con un ademán.

—Déjelo usted.

—Pero...

—Soy el teniente Hugh Kelly de la Brigada Criminal de Sacramento, amigo. Deje que ese hombre haga lo que quiera.

El tipo se pasó la mano por los cabellos.

—Bueno... —titubeó.

Entretanto, Luc se acercó a Rita y levantando la mirada hacia la fachada de la edificación, señaló un cable que procedente de un palo cercano se introducía en el local.

—¿El teléfono?

—Sí —aprobó queda la chica.

Al segundo disparo que crepitó del revólver empuñado por Luc, el cable quedó cortado colgando del largo palo. Luego se giró mirando al teniente e inquirió en tono burlón:

—No le importa que utilice su coche, ¿eh, Kelly?

—Haga lo que quiera, Owens.

—Sólo trato de ganarle unos segundos, Kelly —explicó Luc—. No se me oculta que puede detener al primer coche que se acerque por la carretera y emprender la persecución.

—¿No se olvida de algo importante, Owens?

—¿De qué, Kelly?

—No vamos a perseguirlo con saña porque no lo consideramos un asesino. Recuérdelo en caso de verse acosado. No tiene necesidad de apretar el gatillo, ¿comprende?

—Algo.

—Y por otra parte creo recordar que prometió no usar un arma de fuego nunca más.

Luc sonrió torcidamente.

—Sólo lo haré en caso de extrema gravedad, Kelly.

Acto seguido dio media vuelta y se encaminó al automóvil negro de los policías. Se detuvo de pronto al observar que Rita Lawce echaba a andar en pos de él.

Giróse indagando:

—¿Qué deseas, muchacha?

Ella replicó con sencillez:

—Ir contigo, Luc.

Owens emitió una risita sardónica.

—¿Me crees un imbécil o qué? Perteneces a la policía y aprovecharás el primer descuido para entregarme a Kelly. No te pondrán una medalla a mi costa, encanto.

Frunció el joven el ceño perplejo, porque estaba viendo el brillo inusitado en los bellos ojos femeninos y podía escuchar la entonación profundamente sincera de Rita Lawce:

—Soy tu amiga, Luc.

—Oye, Rita... —empezó a argumentar dubitativo—. Yo también te considero una buena amiga, pero no te conviene venir conmigo. Tengo vocación de vagabundo y soy un bruto salvaje que...

Hubo honda súplica en la voz de ella al interrumpir:

—Deseo acompañarte, Luc. Por favor...

Owens quedó unos instantes sin saber qué actitud adoptar. Finalmente movió la cabeza en sentido afirmativo mascullando:

—Está bien. Vamos.

CAPÍTULO XI

El potente motor del automóvil de la policía respondía dócilmente a la serena, pero, al mismo tiempo, veloz conducción de Luc Owens. Sin apartar la mirada de la carretera, comentó el joven:

—No puedo comprender tu insistencia en venir, Rita.

Ella se ladeó en el asiento.

—Deseo ayudarte, Luc.

—¿A qué?

—A demostrar tu inocencia en las muertes de Downs y Colby. Me consta que no fuiste tú.

—¿Qué te hace suponer que intentaré demostrar nada? Es posible que mi única intención sea la de huir lejos.

—Lo llegué a pensar —admitió Rita hablando con seguridad—. Pero en seguida deseché la idea. No eres de la clase de hombres que huyen ante las adversidades.

Luc rió burlón.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo siento dentro de mí. Hay cosas que las mujeres sabemos sin que nadie no las diga, Luc —contestó la chica hablando despacio—. ¿Crees en el amor a primera vista?

—¿Te refieres al clásico flechazo?

—Sí.

El joven encogió los hombros.

—En los últimos tiempos he ligado menos que un cartujo. Puede ser que esté bajo de...

—En los casos de un súbito enamoramiento el corazón sustituye al cerebro, Luc —siguió diciendo Rita—. Nos dejamos guiar por nuestros sentimientos sin tener en cuenta otros razonamientos. No existen para una mujer enamorada.

Owens arrugó el ceño y después de unos segundos silencioso, preguntó intrigado:

—¿Pretendes darme a entender que estás enamorada de mí, Rita?

Con voz apenas audible, respondió ella:

—Creo que sí, Luc.

Owens tragó saliva con dificultad.

—Oye, muchacha... —dijo confuso—. Empiezo a dudar de estar en mis cabales, ¿comprendes? Un tipo como yo...

Rita posó los dedos sobre los labios masculinos acallándolos, y las palabras comenzaron a brotar de su boca como el agua que fluye mansamente de un manantial:

—No me pidas que te lo explique porque me sería imposible, Luc. Quizá sea ilógico el nacimiento de este amor. Pero al verte la primera vez en el bar aquella noche... sentí como un latigazo en mis venas. Y la sangre se me llenó de burbujas que fueron a estallar en las raíces de mis cabellos. Comprendí que te había estado esperando mucho tiempo aun sin saberlo. Tal vez no sea un amor sencillo, de ese que florece poco a poco y nos envuelve inesperadamente de forma avasallante. No te pido que lo comprendas, Luc. Sólo que me permitas estar a tu lado.

El silencio gravitó pesadamente cuando Rita hubo terminado.

Los minutos se prolongaron y acabó diciendo Luc, súbitamente enronquecida la voz:

—No me conoces lo suficiente.

—No importa. Ya te dije que no sirven de nada los razonamientos normales. Es algo que ocurre sin que lo podamos evitar.

—Te admiro, Rita —confesó sincero Luc—. Se necesita valor para hablarme como tú lo has hecho. Generalmente desfiguramos nuestros sentimientos e incluso llegamos a avergonzarnos de los impulsos que nacen de nuestros cuerpos.

Las mejillas de Rita se colorearon intensamente.

—Creo... que no acabo de entenderte, Luc.

—Es sencillo, mujer. Siempre ha sido el hombre el primero en tomar la iniciativa en estos casos... No, no estoy reprochándote nada. Ignoro si es también amor lo que me inspiras. Desde luego no voy a negar que me pongo blando cuando me miras a los ojos y siento algo extraño dentro de mí. Algo que jamás he sentido con otra chica.

—Puede ser amor, Luc.

—Pienso que es así, nena.

—Debes creermelo una descarada por lo que te he dicho, ¿verdad, Luc?

—No, Rita. Ha sido lo más hermoso que he oído en toda mi vida. Te lo aseguro.

—De todas formas debí callar.

Owens trató de bromear porque se daba cuenta de que en aquellos instantes necesitaba toda su lucidez mental para enfrentarse a los acontecimientos inmediatos.

—¿Por qué, nena? —exclamó risueño—. Desde tiempos inmemoriales ha sido el hombre quién daba el primer paso. Pero ahora la vida evoluciona en todos los órdenes. ¿Por qué razón no pueden ser ahora las mujeres las que pidan en matrimonio al varón?

Rita inclinó la cabeza avergonzada.

—No te reprocho la burla, Luc —musitó—. Y nada deseo pedirte.

El joven se giró en el asiento sin perder de vista la carretera y cogiéndola por la barbilla la obligó a levantar la cabeza. Se inclinó rápidamente y le besó la respingona naricita.

—Sólo fue una broma, Rita. Creo... estoy seguro de que podré decirte unas bellas palabras de compensación cuando todo esto acabe. Pero ahora debemos concentrarnos en el problema.

La muchacha asintió en silencio y preguntó Luc:

—¿Crees que podremos sacarle mucho tiempo a Kelly?

—Me temo que no, Luc. No le será difícil detener un auto y llegarse al puesto de policía más cercano. Puede que ni siquiera tengamos tiempo de llegar a Sacramento.

El joven arrugó el entrecejo.

—¿Cómo sabes que nos dirigimos allí?

—Lo intuyo.

—Pues has acertado una vez más. ¿Dónde tienes la cuartilla en la que anoté mi informe para Kelly?

—La dejé en el bar, Luc.

—O sea que a estas horas el teniente Kelly conoce la identidad de los tipos que componen la segunda sección. Mi primera intención de visitar a un tal Paolo Baldini queda descartada. Seguro que se nos adelanta Kelly.

—Siento haberte perjudicado, Luc —murmuró Rita.

El joven le palmeó la rodilla.

—No te preocupes. Cumplías con tu obligación de agente al servicio de Hugh Kelly. ¿Cómo te metiste en esto?

—¿En la policía?

—En el asunto de las drogas. No es muy adecuado para mujeres que digamos. Fue a causa de lo ocurrido a tu hermano, ¿verdad?

Rita afirmó moviendo la cabeza.

—Solicitaron voluntarias para ser entrenadas en la represión de estupefacientes. Fue cuando mi hermano ingresó en el hospital y no dudé en presentarme. Nos entrenaron en una granja especialmente adaptada en las cercanías de Reading, Pennsylvania. Posteriormente, Kelly consiguió que me trasladaran de nuevo a California.

Owens dejó transcurrir unos segundos.

—¿Cómo está tu hermano?

—Los médicos aseguran que ha pasado el período crítico. Ahora se irá recuperando paulatinamente y son bastante optimistas en cuanto a su curación total.

—Todo es que no vuelva a reincidir.

Rita sufrió un estremecimiento.

—Dios no lo quiera.

—Es posible que yo pueda ocuparme de él, Rita —dijo Luc en actitud meditativa—. Si llegamos a convertirnos en cuñados tendré la obligación de velar por él. Incluso de «calentarlo» si llega el caso.

Rita no dijo nada, pero sonrió por entre las lágrimas que enturbiaban su visión, mirando cálidamente al joven.

Durante un largo trecho, Luc mantuvo los labios cerrados mientras su mente trabajaba a marchas forzadas. El coche se deslizaba a gran velocidad por la carretera y un indicador anunció que la ciudad de Sacramento se hallaba a cuatro millas.

De pronto preguntó:

—¿A qué hora estableció el forense que murieron Downs y Colby?

—Sobre la medianoche —respondió la chica.

—¿Estás segura?

—Fue lo que comentó el teniente con Grady.

Luc estaba atando cabos en su cerebro. Tenía la impresión de

que la solución se encontraba en un rincón de su mente. Como hablando consigo mismo, comentó:

—Tan sólo media hora o tres cuartos después de haberlos dejado yo magullados, pero respirando. Y nadie nos seguía porque para circular por el infernal camino hay que encender los faros. No pude divisar ningún reflejo a mi espalda y por lo tanto nadie nos venía siguiendo —girando la cabeza a Rita, preguntó—: ¿Cuánto calculas que puede tardar un coche desde Sacramento al lugar donde estaban los cadáveres?

—Pues..., de unos veinte a treinta minutos.

—Es más o menos lo que yo calculaba. Teniendo en cuenta que los forenses acostumbran a dar un margen aproximado de media hora, la persona que liquidó a los dos tipos tuvo que saber el lugar donde los dejé, tan pronto lo comuniqué a mi llegada a la ciudad.

Rita lo miró intrigada.

—¿Has dado con algo importante, Luc?

El joven sonrió ácidamente cabeceando.

—Creo saber la identidad de la persona que informó a los asesinos. ¿Te habló Kelly en alguna ocasión de Que posiblemente tenéis a un soplón infiltrado entre vosotros?

La chica movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, pero...

—Estamos entrando en Sacramento, Rita —la cortó Luc—. Tendrás que indicarme el camino para encontrar el domicilio particular del teniente Kelly. Estoy sintiendo un repentino interés en comprobar personalmente si una voz agradable puede corresponder a un físico de primera.

—No te entiendo, Luc.

—¿Cómo se llama la hermana del teniente?

—¿La que vive con él?

—La misma.

—Flora. ¿Qué tienes en la cabeza, Luc?

—Un sol que alumbra perfectamente mi cerebro, nena. Flora Kelly es la soplona que os tiene vendidos.

Rita no pudo evitar un respingo y abrió mucho los ojos incrédula.

—¿Te has vuelto loco?

—Es la única persona que pudo informar a tiempo para que

liquidaran a los dos fulanos —replicó Luc Owens totalmente convencido—. Empieza a indicarme el camino, nena.

CAPÍTULO XII

Abriendo la puerta de su casa reconoció Flora Kelly a Rita Lawce y la miró extrañada.

—Hola, Rita.

—¿Cómo estás, Flora?

De pronto, las facciones de la hermana del teniente palidecieron intensamente.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hermano?

—Tu hermano se encuentra perfectamente, Flora —dijo Luc haciéndola a un lado y penetrando en la vivienda—. Por lo menos así era la última vez que lo vi.

—Oiga, no comprendo...

Luc curvó los labios en irónica sonrisa.

—¿El motivo de nuestra visita, Flora?

—¿Quién es usted?

—Es Luc Owens, Flora —informó Rita—. Ha insistido mucho en venir a verte. Dice que tiene algo de vital importancia que discutir contigo. Yo me resistí a...

—Sobran las explicaciones con la paloma, nena —cortó Luc cerrando la puerta tras él.

Flora Kelly era una morena de unos veintisiete años. Las formas de su cuerpo eran suaves, pero con las curvas necesarias en los lugares precisos. Se dijo Luc que la agradable voz hacía juego perfectamente con su físico.

Frunció el entrecejo mirando a Luc un tanto gélida.

—¿Qué se le ofrece, Owens?

—¿No te lo imaginas?

—Oiga, Owens —suspiró Flora pacientemente—. Si tiene algo importante que comunicar será mejor que busque a mi hermano. No le gustará que haya venido aquí.

—No podía ir a otro sitio, paloma. Eres tú la que tienes algo

importante que decirnos.

—Le advierto que no me gustan sus modales, Owens.

—Será, ahora, ¿no? Cuando hablé contigo por teléfono hasta bromeaste llamándome gavilán.

—No sabía la clase de persona que era usted, Owens —replicó seca Flora Kelly—. Ahora le agradeceré que se marche de aquí en seguida.

Hizo intención de dirigirse a la puerta para abrirla, pero Luc la sujetó con fuerza por el brazo reteniéndola.

—No corras tanto, caramba.

Flora se soltó de un brusco tirón. Pero no pudo encaminarse a la puerta porque Owens le interceptaba el paso. Y le enseñaba los dientes en agria sonrisa.

—¿No te interesa conocer los motivos que nos han traído a tu nido, paloma?

Flora apretó furiosa los dientes.

—¡Deje de llamarme así!

—¿Te gusta más el nombre de soplona?

Ahora parpadeó asombrada la hermana del teniente. El color huyó de su rostro y durante unos segundos interminables las palabras no consiguieron salir de sus labios.

Finalmente murmuró:

—¿Cómo ha dicho?

—Me has escuchado perfectamente. ¿Cuánto tardaste en informar después de escuchar mis noticias?

Flora Kelly lo miró atónita. Pensó Luc que podía ganarse la vida actuando en un escenario.

—No quiero comprender lo que está insinuando, Owens —movió la cabeza negando—. Es demasiado monstruoso.

—¿Quién pudo informar a esa gentuza, Flora? —inquirió Luc con glacial entonación—. Dame una respuesta buena y nos marcharemos de aquí en seguida.

—¡Es usted un miserable, Luc Owens!

El joven torció los labios chasqueando la lengua.

—Eso es un insulto y no una buena respuesta, mujer. Y de veras que te conviene ser sincera.

Rita Lawce había guardado silencio hasta entonces. Al ver el semblante lívido, contraído, de Flora Kelly, intervino

aproximándose despacio a Owens:

—Creo que sufres una equivocación, Luc. ¿No comprendes que Flora es imposible que sea la persona que buscas? Ella y el teniente se profesan un verdadero amor fraterno. Me consta.

El joven compuso un ademán indicándole que se mantuviese al margen de aquello. En realidad ya quiso que Rita se quedara en el coche aguardándolo, pero la muchacha se negó en redondo y lo obligó a que se dejara acompañar de ella.

Flora Kelly había recuperado ya una buena dosis de la serenidad que perdió al escuchar la grave acusación de que fue objeto. Del estupor primero pasó a una calculadora tranquilidad.

—Ignoro por qué extraños caminos ha podido llegar a una conclusión tan absurda, Owens —dijo pausada—. Quiero pensar que aunque confundido, obra de buena fe y está convencido de lo que dice.

—Totalmente convencido, Flora.

—Sin embargo se equivoca. ¿Me supone capaz de traicionar a mi propio hermano? Míreme a los ojos y responda, Owens: ¿Ve acaso en mí a una desalmada?

Luc titubeó visiblemente, pero se mantuvo hosco.

—La cara no es el reflejo del alma, paloma. Eso es un cuento chino inventado por un tío guapo que engañó miserablemente a su propio padre. No puede uno fiarse...

La voz de Flora Kelly sonó vibrante al exigir:

—¡Míreme a los ojos, Owens!

El joven lo hizo de forma inexpresiva.

—Dígame ahora que soy una mujer despreciable, Owens —pidió Flora—. Si es verdad que siente lo que piensa, acúseme abiertamente de ser un despojo humano, una desalmada, un ser canallesco...

Aventó Luc el aire de un manotazo soltando un gruñido.

—Deja a un lado el melodrama, paloma, ¿quieres? —Después de un tenso silencio, agregó—: Existen unos hechos que son incontrovertibles y te señalan como culpable sin lugar a dudas. Y te advierto que no saldré de esta casa sin haber logrado hacerte confesar.

Flora Kelly hizo un tremendo esfuerzo por conservar la calma.

—¿A qué hechos se refiere, Owens?

Sin alterar ni un músculo de la cara, fue exponiendo Luc:

—Eran las once aproximadamente cuando yo dejé a los dos fulanos en el camino por el que no circulan ni las cabras. Estaban vivos y doy fe de ello a pesar de la opinión de tu hermano. Descartada la posibilidad de que alguien nos siguiese porque me hubiera percatado de ello por los faros. No se puede circular por allí a oscuras. Sobre las once y media de la noche llego a Sacramento y lo primero que hago es telefonear al número facilitado por Hugh Kelly como particular. Me sale una voz agradable, la tuya, y le doy mi informe con toda clase de detalles. Cuando los cadáveres de Downs y Colby son descubiertos, el forense informa que debieron liquidarlos sobre las doce de la noche. ¿Puedes decirme cómo consiguieron localizarlos tan pronto los criminales?

La hermana del teniente lo miró al rostro.

—¿Está seguro de que estaban vivos cuando los dejó?

—¡Qué va! —comentó sarcástico Owens—. Los dejé con los sesos machacados y todo esto es una comedia, encanto. Tu hermano, Grady, y la propia Rita, pueden albergar ciertas dudas. En cambio nosotros dos sabemos lo ocurrido, ¿verdad, Flora?

La muchacha sacudió la cabeza incrédula.

—Si vemos las cosas desde su punto de vista no le falta razón para acusarme, Owens —confesó dubitativa—. No obstante; puedo asegurarle que jamás traicionaría a mi hermano. Debemos buscar el fallo que tiene que existir en alguna parte. Si le sirve de algo, tengo que decirle que yo no creo que usted los matara.

Luc rió con acritud.

—Gracias, paloma.

—Mi hermano no regresó a casa hasta las dos de la madrugada. Fue cuando le transmití su mensaje y desde luego no hablé con nadie de su departamento con anterioridad.

—Eso complica más las cosas, ¿no crees?

—Debieron seguirlo a pesar de todo, Owens.

Luc dejó escapar un hondo suspiro y haciendo un ademán indicó una puerta al fondo del salón.

—¿Qué tienes allí, Flora?

—El despacho de mi hermano.

—¿Tienes inconveniente en que hablemos a solas?

Rita fue a protestar y la atajó Owens:

—Quédate aquí, nena. Es posible que tenga que mostrarme algo duro para convencer a Flora de que debe decir la verdad. Toda paciencia tiene un límite, ¿sabes?

—No puedes hacer eso, Luc —protestó atemorizada Rita—. Yo no puedo permitirlo.

—Te prometo que no me comportaré como un matón de tres al cuarto, Rita —la tranquilizó Owens—. ¿Acaso has dejado de tener confianza en mí?

—No, pero...

En eso intervino fría la hermana del teniente:

—No me asusta en absoluto, Owens. Vamos al despacho de mi hermano y allí podrá decirme lo que desee. No te preocupes por mí, Rita. No creo que Luc Owens me haga daño alguno.

—Tampoco es ésa mi intención, paloma. Sólo quiera sacarte la verdad de lo que sabes.

Flora se encaminó resuelta a la puerta del despacho y la abrió. En el umbral se giró preguntando irónica:

—¿Entro primero o prefiere hacerlo usted, Owens?

—Adelante, paloma.

—De acuerdo, gavilán.

Penetró Flora en el despacho y Luc fue tras ella. Cerrando la puerta a su espalda, observó que la muchacha abría el cajón de una mesita esquinada.

Extrajo la automática del sargento Grady encañonándola.

—Yo de ti no liaría eso, paloma.

Flora Kelly se giró despacio y mostró un paquete de cigarrillos en la diestra. Sonriendo burlona, inquirió:

—¿Tanto cree que puede perjudicarme un cigarrillo, Owens? ¿O acaso es que piensa darme lumbre de un balazo?

Luc la miró ceñudo y llegó a sonrojarse.

—Bueno..., pensé que ibas a sorprenderme. Eso es todo. Cualquiera se puede equivocar.

Aún estaba pronunciando las últimas palabras, cuando la puerta del despacho se abrió violentamente y en el hueco apareció Hugh Kelly. Tenía un revólver en la diestra y apuntó a la cabeza del joven.

—El menor movimiento y lo dejo seco, Owens —advirtió frío.

CAPÍTULO XIII

Luc abrió la mano y la automática cayó a sus pies.

Hugh Kelly inquirió extrañado:

—¿Qué hace aquí, Owens?

El joven se giró encarándolo y levantó los hombros plasmando el semblante una mueca displicente.

—Se llevará una sorpresa, teniente.

—¿Cuál era exactamente su propósito visitando a mi hermana, Owens? Dígalo sin rodeos.

Luc carraspeó indeciso.

—¿De veras le interesa saberlo, Kelly?

—Vamos, Owens, deje los rodeos.

—Está bien, Kelly —asintió Luc—. Usted habló de que tenían a un confidente de los traficantes en la policía, ¿no?

Hugh Kelly distendió los labios en franca sonrisa.

—Y se le ha metido en la cabeza que Flora es la confidente, ¿eh, Owens? Sinceramente; no lo supuse con tanta imaginación. Se necesita ser bastante... bruto para pensar una cosa así. Nada menos que mi propia hermana nada con esa gentuza.

Luc lo miró ceñudo.

—Cosas más extrañas se ven con frecuencia, Kelly. ¿Cómo se explica que los dos fulanos fueran liquidados inmediatamente después de haber informado yo a Flora?

El teniente Kelly volvió a reír.

—Eso es exactamente lo que deduje qué pensaría.

Owens. Por eso he podido llegar a tiempo de evitar que cometiese un error con mi hermana.

—Mi segundo error, ¿no, Kelly?

El teniente movió la cabeza negando.

—No, Owens. Hubiera sido el primero y único. En lo demás usted ha actuado en la forma prevista por nosotros. Correctamente

en todo cuanto hizo. Y debo añadir que consiguió más en pocos días que nosotros en varios meses de trabajo. Lo felicito.

Luc arrugó el ceño receloso.

—¿Va de choteo, Kelly?

—Hablo completamente en serio, Owens. —Hugh Kelly miró a su hermana brevemente—. ¿Te viste en apuros con Owens, Flora?

La chica le dirigió una sonrisa al excombatiente.

—Bueno... —comenzó a decir con cierto tono festivo—. La verdad es que Luc Owens tiene una forma de hablar... Aunque yo creo que en el fondo es pura fachada.

—Son resabios de los años en Vietnam, Flora. En realidad les ocurre a todos.

Kelly devolvió el revólver a la funda sobaquera y haciendo un ademán a Owens le indicó la automática del suelo.

—Recójala y venga conmigo, Owens.

Luc quedó unos instantes titubeante.

—¿A qué sitio, Kelly?

—A mi despacho oficial, Owens. ¿Dónde piensa que puedo llevarlo?

Luc siguió sin moverse del sitio.

—¿Voy detenido?

Kelly soltó una breve carcajada.

—¿Detenido después del enorme favor que nos ha hecho, Owens? Vamos, hombre, tan sólo deseo que asista al interrogatorio que estamos llevando a cabo con Paolo Baldini y los otros. Por cierto que nos falta el conductor Frank Ronni que se halla en ruta a San Diego. Ya han salido en su busca y lo tendremos aquí mañana.

Luc Owens abandonó el despacho particular de Hugh Kelly y al salir de nuevo al salón contempló los ojos brillantes de Rita Lawce prendidos en él.

Rascándose la nuca, quiso saber:

—¿Puede decirme algo, Kelly?

—Supongo que sí, Owens.

—¿Cómo ha podido hacerlo todo con tanta rapidez? Hicimos a buena velocidad el trayecto desde Davis...

—Les sacamos buena ventaja, Owens —explicó risueño Kelly—. Un helicóptero nos recogió tan pronto doblaron ustedes la primera curva. De acuerdo con su informe nos dirigimos en primer lugar a

detener a Baldini. Luego el sargento ha completado la redada mientras yo venía hacia aquí. En mi despacho podré darle más detalles, ¿vamos?

Luc dudó mirando a Rita.

—¿Tiene especial interés en que asista al interrogatorio, Kelly?

—No demasiado. Sólo lo hago para satisfacer su curiosidad.

—Me dejaré caer por allí mañana. ¿Hace, Kelly?

El teniente cabeceó.

—De acuerdo, Owens.

Luc no esperó ni un segundo más.

Pasando el brazo por los hombros de Rita se la llevó en dirección a la salida.

Los hermanos Kelly los contemplaron sonrientes.

CAPÍTULO XIV

Dos días más tarde, en el despacho oficial del teniente Kelly tomaban asiento el sargento Grady y Luc Owens.

Luc le dirigió una hosca mirada.

—No estuvo bien eso de hacer que Rita me engañara, Kelly. Ella tardará en perdonárselo.

—Depende especialmente de usted, Owens. Si deja de ser un vagabundo errante y echa raíces en alguna parte junto a ella, es posible que jamás se acuerde de que se vio obligada a engañarlo cumpliendo con su deber. Yo por mi parte estoy dispuesto a firmar aceptándola su dimisión, en el caso de que ella la solicite.

—¿Por qué tuvo que obligarla a mentir, Kelly?

—Debe hacerse cargo, Owens —explicó pacientemente el teniente—. A pesar de todo no podíamos tener absoluta confianza en usted. Podía ser un elemento de ellos introducido entre nosotros. Teníamos que hacerle creer que Downs y Colby habían muerto salvajemente golpeados. Por su reacción hubiéramos sabido si pertenecía a la cuadrilla de traficantes.

—¿Y ha quedado convencido, Kelly?

—Del todo, Owens. Su extraordinario interés en acusar a mi hermana como culpable, lo ha demostrado. Se preocupó de encontrar al soplón según su criterio, antes que de otra cosa.

Luc continuaba mirándolo ceñudo.

—Ha jugado conmigo como el gato con el ratón, ¿eh, Kelly? —masculó torvo—. Y no me gusta.

—Le pido perdón, Owens, sinceramente. De todas formas quedará asombrado cuando sepa algunas cosas relacionadas con el caso.

—No me diga.

—Usted no iba desencaminado al pensar que mi hermana era la persona que facilitaba informes a los contrabandistas.

Luc no pudo reprimir un respingo.

—¿No?

—Bueno —rió Hugh Kelly—, no es que Flora me haya traicionado ni mucho menos, Owens. Lo que ocurre es que tenían intervenido mi teléfono particular. Todavía no hemos podido averiguar el medio del que se valieron, pero Paolo Baldini lo ha confesado. Estamos haciendo indagaciones.

Luc se tironeó pensativo la patilla.

—En ese caso... esa gente tuvo que saber en seguida el lugar donde yo acababa de dejar al par de pájaros.

—Así fue, Owens. Pero mi hermana comunicó inmediatamente conmigo y yo llamé a Miller ordenándole que se hiciese cargo de ellos. En verdad enviaron a dos pistoleros para rescatarlos... o liquidarlos. Eso nunca lo sabremos. También cayeron en nuestro poder.

—¿Los atraparon?

—Llegaron tarde al sitio y ya estábamos Grady y yo por allí. Resultó pura casualidad que cayeran en nuestras manos. Interrogamos a Ted Downs que estaba realmente aterrado. No costó demasiado trabajo hacerle repetir todo cuanto había dicho a usted con anterioridad. El hombre tenía un miedo cerval.

Mark Grady intervino preguntando:

—¿Qué le hizo, Owens?

Luc encogió los hombros.

—Me limité a presionarlo un poco.

—Pues le aseguro que lo consiguió.

Luc se dirigió otra vez al teniente:

—¿Todos los traficantes han caído en su poder, Kelly?

—Sin excepción, Owens.

—¿También el cerebro de la organización?

Kelly afirmó con la cabeza.

—Incluso él.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Prometiéndole a Paolo Baldini cierta benevolencia si accedía a colaborar con nosotros. Eso ha desatado su lengua de forma conveniente. Se trata de un sujeto pusilánime, asustadizo, y nos ha facilitado toda clase de pruebas.

El sargento Grady también informó:

—Además, hay que unir a su declaración las de Ted Downs y Frank Ronni. A este último lo atrapamos con un buen alijo de drogas en la rueda de recambio de su camión. Como puede suponer, el fiscal se está relamiendo de gusto, Owens.

—¿Quién era el jefe, Kelly?

—Un tal Robert Whitney. Desempeñaba el cargo de contable en la compañía y desde su puesto lo manejaba todo. Es un tipo de aspecto enfermizo, insignificante. Sin embargo no cabe duda de que posee un cerebro privilegiado.

Luc Owens convino:

—Debe de tenerlo para organizar un tinglado en la forma en que él lo hizo.

—Y a pesar de su falso aspecto se estaba forrando el muy canalla —comentó Grady.

—Ahora lo pagaré todo, sargento —aseguró Kelly—. La ley es bastante severa con esa clase de delito. Tardaré en olvidar la expresión de asombro que se plasmó en su escuálido semblante cuando fuimos a detenerlo. No podía creerlo.

—¿Acabó admitiendo su culpa?

—Desde luego que no, Owens. Lo primero que hizo, después de recuperarse, fue pedirnos que llamásemos a su abogado. Ahora el leguleyo está convencido de que nada puede hacer en favor de su cliente.

Después de unos segundos silencioso, formuló Owens una nueva pregunta:

—¿Y el propietario de la compañía?

—Charles Sheyner está al margen de todo el asunto.

Apenas si acudía por el negocio ya que posee otros asuntos de mayor envergadura. También se llevó una buena sorpresa cuando le comunicamos lo que estaba ocurriendo en su compañía.

—Una última pregunta, Kelly.

—Las que quiera, Owens. Tiene derecho a ello.

—¿Está implicado Barry Andrews con esa gentuza?

Hugh Kelly denegó sonriendo.

—No, Owens.

Sin poder explicarse la razón, Luc se sintió reconfortado al escuchar la tajante contestación del teniente. Al fin y al cabo, la falsedad no se extiende por todas partes.

Poniéndose en pie, dijo:

—Supongo que me puedo largar, ¿eh, Kelly?

El teniente y Grady lo imitaron.

—Desde luego, Owens —contestó Kelly—. Sin embargo deseo decirle algo antes de que se marche.

—¿De qué se trata, teniente?

—Si alguna vez se cansa de vagabundear... o del trabajo que esté realizando; acuda a nosotros. Le daremos empleo.

—¿Como agente de policía?

—Eso es, Owens.

Luc extendió las manos ante el pecho y las sacudió al tiempo que movía la cabeza en sentido negativo.

—No, gracias, Kelly.

CAPÍTULO XV

Luc Owens penetró silencioso en el coche estacionado y situándose tras el volante lo puso en marcha sin despegar los labios. Lo dirigió hacia las afueras de Sacramento manteniéndose taciturno.

A su lado, preguntó Rita Lawce:

—¿Se trata de un secuestro, Luc?

Sin mirarla, replicó él ceñudo:

—Hablarás cuando te lo diga, mujer.

Rita no volvió a decir nada.

Luc condujo en dirección a la parte norte de la ciudad. Recorrió unos cuatro kilómetros por la carretera general y se introdujo en el primer desvío que encontró. Detuvo el vehículo y se giró a la chica.

Antes de que tuviera tiempo de decir nada, se le adelantó Rita:

—¿Me guardas mucho rencor, Luc?

Lo dijo suavemente, envolviéndolo en una cálida mirada. El joven no ablandó la dura expresión del rostro.

—No me gustó el engaño.

—Tuve que hacerlo, Luc —explicó ella—. El teniente Kelly es mi superior y me lo ordenó.

—Y tú agregaste el resto de tu cosecha particular, ¿no?

Rita arqueó las cejas.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la ingenua, nena —masculló Luc—. Lo sabes de sobra. Tus palabras fueron muy convincentes al decirme todo aquello del enamoramiento a primera vista, las burbujas en la sangre como si fuera jabón...

Rita lo miró al fondo de los ojos.

—No estaba fingiendo, Luc —susurró.

El joven se rascó la pelambrera confuso.

—¿Cómo diablos puedo saber que ahora estás diciendo la verdad?

—Dime lo que tengo que hacer para convencerte, Luc —pidió ella trémula la voz—. Haré lo que me pidas.

Luc la miró detenidamente unos instantes. Luego cabeceó lentamente empezando a decir:

—En primer lugar quiero que abandones la policía.

—Presentaré la renuncia.

—Y en segundo lugar..., ¿tengo que decirte lo que tienes que hacer, infiernos?

—No, Luc.

Rita Lawce se aproximó a él y posó los labios con fuerza en la boca masculina.

Luc acabó respondiendo ávidamente a la entrega incondicional.

En una pausa, murmuró junto al oído de Rita:

—Estás consiguiendo convencerme, nena. Sigue.

Y pensó que se extinguía su libertad de vagabundo errante.

FIN

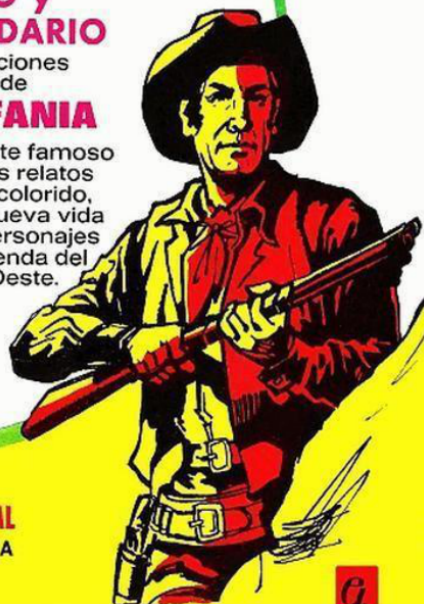
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

